PÁGINAS SELECTAS DE LITERATURA CASTELLANA

Las mejores POESÍAS DE CAMPOAMOR

JUICIO CRÍTICO DE
ACINTO BENAVENTE

PROLOGO DE
A. GONZÁLEZ BLANCO

Sáenz de Jubera Hermanos
EDITORES

PÁGINAS SELECTAS
DE LITERATURA CASTELLANA

PÁGINAS SELECTAS
DE LITERATURA CASTELLANA

PÁGINAS SELECTAS DE LITERATURA CASTELLANA

LAS MEJORES POESÍAS DE CAMPOAMOR

CON UN JUICIO CRÍTICO

DE

JACINTO BENAVENTE

PROLOGADAS Y RECOPILADAS

POR

A. GONZÁLEZ-BLANCO

MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores.-Campomanes, 10

1913

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

CAMPOAMOR

CAMPOAMOR

Siempre he temido volver á los lugares que dejaran en mí gratos recuerdos. Siempre he temido volver á leer los libros que fueron el encanto de mi niñez ó de mi juventud. El lugar será el mismo, el libro también. Pero ¿estaba en ellos el encanto ó el encanto era el de nuestras almas, sorprendidas y admiradas de todo, como ojos de ciego abiertos por milagro á la luz... y sólo de ver ya gozosos, porque ya el ver es una hermosura, aunque no sea hermoso todo lo visto...?

Pero, entonces, ¿es que las cosas no son nada por sí? ¿No hay valor alguno objetivo?

Sí; las cosas son algo, son ellas, las mismas siempre; pero la luz que las alegra ó las entristece, auroras, ó crepúsculos, pleno sol estival ó luz de luna, nubarrones tormentosos con relámpagos de luz ó relámpagos de sombra, frecuentes en el cielo de las almas, todo eso es nuestro, y todo eso es el espíritu de las cosas... y también nuestro espíritu. Nos vemos en los ojos que nos miran y vivimos en las almas que nos atienden...

Nosotros mismos no sabemos de nosotros más de lo que saben decirnos los demás. Nuestra propia conciencia, lo más nuestro, se esconde ante la conciencia ajena para que ella no pueda decirnos la verdad de nuestra conciencia. Y este ocultarnos unos á otros la verdad para creernos mejores de lo que somos, si es hipocresía cuando nos damos tan mal arte á vestir el disfraz que todos advierten que es disfraz, bien pudiera ser toda nuestra verdad cuando sabemos disfrazarnos de tal suerte que el

disfraz llega á ser más que el vestido, algo tan propio y tan adaptado á nuestro espíritu como nuestra corporal hechura. El que logra hacerse una cara con la más agradable de sus caretas ha dejado de ser hipócrita para ser virtuoso. Y no digáis: ¡Buena virtud de mascarada será esa!, si consideramos que ya es virtud llevar de ese modo una careta, y que estas caretas espirituales, si han de parecer como nuestra propia cara, han de amoldarse de dentro á fuera, y han de ir muy bien prendidas en nuestro corazón.

Pues si difícil es saber la verdad de nosotros mismos, ¡cuánto más difícil será saber la verdad de las cosas! Y si al volver á ellas ya no somos los mismos, ¿qué habrá sido de ellas?

Como decía Ronssard, el poeta que dió sus mejores canciones á la gloria efímera, ¿dónde están las nieves de antaño...? Nuestro corazón es caminante que aunque dos veces pase por un camino siempre le parece camino nuevo.

Un amigo mío acababa de reñir con su novia, á la que había jurado amar eternamente, y á los pocos días me daba á leer una carta de otra novia. Y con otra carta en sus manos de la novia antigua, me decía como loco: «—Esta sí que me quiere. Lee esa carta y compara, compara con esa otra.» Yo leí las dos cartas, y comparé: las dos decían lo mismo. Y cuando él, al verme reir, se dió cuenta de ello, sin darse á partido, me decía...: «—Sí, sí, dicen lo mismo; pero esta es verdad y aquella era mentira.»

Después de esto no extrañaréis que aún no os haya dicho nada de nuestro poeta. Si véis que la apariencia de las cosas, no me atrevo á decir su verdad, está en nosotros más que en ellas, estas emociones suscitadas por el poeta, ¿no os dirán más lo que del poeta siento que si de él os hablara?

¡Campoamor! Yo le conocí. Era yo un niño y su fisonomía me era ya familiar. Sólo una vez hablé con él, en los postreros años de su

vida; yo comenzaba á *literatear*, literatura de señorito.

Un ferviente admirador del gran poeta, gran amigo mío, me presentó á él. Era á la puerta de la librería de Fe. Don Ramón, antiguo tertuliante de la librería, por aquellos últimos años de su vida, llegaba en coche ante la puerta, y desde allí saludaba á los amigos; todos salían un momento de la tienda, rodeaban el coche y conversaban con el anciano poeta, de rostro rubicundo, de ojos azules, muy claros, unos ojos que sonreían á todo, con tal gracia, que con no sonreir sus labios nunca, pues la boca era de severa expresión, la gracia de sus ojos bastaba á mostrarle sonriente, como abuelo bondadoso que con la voz reprende al nietezuelo y con los ojos ríe la travesura.

Un amigo le dijo al presentarme: «—Maestro, le presento á usted á Jacinto Benavente, escritor; tiene mucho talento.» Y el maestro, el abuelo, me miró muy despacio y dijo: «—¿Mu-

cho, mucho talento? Porque si no tiene mucho talento, vale más que sea bueno.» Y yo no he olvidado nunca aquellas palabras ni la mirada de bondad. Y como no he estado nunca muy seguro de tener mucho talento, mucho talento, he procurado siquiera, ya que en talento no fuese aventajado, aventajar en bondad. Porque aquellas palabras del poeta y otras del obispo, que al confirmarme me dijo: «—Hijito, seas santo», no he dejado de repetirlas un solo día desde que las oyera, y han sido acaso mis oraciones más fervorosas, para que ellas me guarden de toda vanidad.

Ahora, de la vida de Campoamor, ¿qué sabré deciros? La vida de los poetas está en sus poesías. La poesía de Campoamor es toda inquietud espiritual; pero una inquietud que pudiera decirse sosegada. Hay hombres de vida azarosa, perdida en vanas agitaciones, que al parecer responden á desasosiego interior, á inquietud espiritual, y si vamos á ver, toda

aquella turbulencia es epidérmica, de gestos y pasos.

Otras vidas hay de tranquila apariencia, sin sacudidas aparentes, y toda aquella serenidad y placidez es muro de piedra en palacio señorial, que parece al exterior alegre mansión de riqueza y es por dentro mansión de dolor.

Nuestro poeta hubiera podido escribir, como Goethe: «Tengo bien señalada la demarcación entre mi vida política y social y mi vida moral y poética. Demarcación puramente exterior, se entiende; pero me va muy bien así.» Goethe llamaba á Beethoven sér indomesticable, y él se decía á sí mismo un sér social.

Campoamor era, como Goethe, un sér social.

Y como el hombre era tan amable de cerca, su poesía era también amable. Y el poeta de las ironías y de los sarcasmos, el menos ortodoxo de los poetas españoles, oía celebrados y repetidos sus versos en labios de las damas y

de las jóvenes más distinguidas de la mejor sociedad.

Fué el poeta preferido de las mujeres. Era el poeta que mejor las comprendía; las perdonaba todo. Las mujeres, ¡pobres mujeres!, creían por eso que las amaba mucho... No comprendían que aquel su amable perdón, aquella su indulgencia para todas las faltas y errores que pueden cometer las mujeres, tenía más de profundo conocimiento de que no podían ser de otra manera, de que no se las debía pedir lo que no pueden dar...

Las mujeres que saben de amor saben que el hombre que de verdad las ama es el que peor habla de ellas y más abomina de sus engaños y más se atormenta por sus traiciones... Lo otro no es amar, es comprender y perdonar. Ahora, que la mujer, cuando sólo de poesía se trata, no sabe distinguir al amigo del amante. El poeta amigo de las mujeres, comprende y perdona. El poeta amante, maldice y castiga.

En la realidad, ya saben ellas distinguirlos. Al buen amigo es al que las mujeres le cuentan las perrerías que les hace el verdadero amante, y suelen decirle: ¿Por qué no será como usted? Usted sí que me quiere, usted sí que es bueno para mí. No hay que creerlas mucho, porque si lo creyeran así, con dejar al amante y tomar al amigo... Y ya se sabe que las mujeres conceden rara vez ese ascenso.

El amor y la muerte fueron las dos grandes inquietudes que animaron en la poesía de Campoamor. ¿Y qué pensaba Campoamor del amor y de la muerte?

Del amor, tal vez como el filósofo pesimista. Es el lazo que la Naturaleza nos tiende para perpetuar la especie.

¿Nada más? No, que de este lazo tendido por la Naturaleza, de este instinto en que el hombre puede ser inferior al bruto, cuando el hombre sólo atienda al placer que engendra dolor, el espíritu puede elevarse en sacrificio

que, con ser dolor, será más alto goce, si nuestro espíritu sabe elevarse al aceptarlo.

Así, del placer instintivo, por su conciencia de dolor, podemos elevarnos al amor espiritual. Cerrado queda así el círculo de nuestra evolución. Completa será cuando en sentido inverso, aceptado el deber, ya todo será espiritualidad en nuestros amores, y del deber como instinto proceda el goce espiritual, en vez de proceder del goce instintivo el deber doloroso.

Y de la muerte... La región ignorada, de cuyos límites ningún caminante torna, como dice Hamlet, ¿qué pensó Campoamor?

Campoamor no sabía si había un Dios; creía que debía haberlo. Y esta creencia ya era una realidad. Si encerrados en un aposento obscuro, por donde entre las maderas entornadas llega un rayo de sol á nuestra frente, no supiéramos que el Sol estaba allí detrás; si ese rayo viniera del cielo azul sin astro visible á nues-

tros ojos, ¿no pudiéramos creer que ese rayo de luz lo mismo pudiera llegar del cielo á nuestra frente que de nuestra frente perderse en el cielo? ¿Y dejaría su luz de ser luz por eso? ¡Dios! ¡Dios! ¿Dónde está? ¿Qué es? ¿Qué importa? Si el Sol fuese invisible á nuestros ojos pero su luz no nos faltara... ¿qué importaría? Creyéramos que el rayo de sol en el aposento obscuro era luz de nuestra frente ó luz de lo alto, su resplandor siempre sería divino.

JACINTO BENAVENTE.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Si Campoamor no fuese el poeta más popular de España en el siglo XIX, si no compartiese con Zorrilla y con Bécquer, en el reinado de la gloria, el placer de ser leído por mujeres, hombres y niños, este prólogo había de tener un aire adusto y seco, un aire de hierofante crítico que se despegaría en una breve noticia prolóquica, donde sólo he de recordar cuatro particularidades de la personalidad campoamoriana.

Campoamor creía que ni los versos ni las rosas deben venderse, y fiel á su teoría, que plasmó en práctica, jamás quiso lucrarse de

edición alguna ni un céntimo, ni hizo granjería de su arte y de su lirismo.

De ahí que las ediciones de sus obras se multiplicasen, y no hubo editor que en aquellos años en que Campoamor florecía y descollaba como supremo poeta español, no arriesgase ediciones más ó menos lujosas, paupérrimas unas, elegantes otras.

Los Pequeños Poemas, las *Doloras*, las *Humoradas* volaron por el mundo como palomas mensajeras, anunciando que el poeta estaba ya achacoso y caduco, pero coronado de gloria, con una inspiración siempre fresca, un eterno amor á las mujeres y al corazón y un continuo anhelo de belleza creadora.

Anciano ya, veíasele todas las tardes, después de su paseo por el Retiro, acudir á casa de Fernando Fe, donde venían á saludarle aquellas mujeres gentiles que le admiraban y que acaso de jóvenes le amaron y que ahora le sugerían humoradas, chispazos de su ingenio,

florecillas silvestres de las que esmaltan un húmedo prado de la tierra natal, de la verde y rubia pastora que se llama Asturias...

Allí, detrás de los pupitres de Fe, el laureado anciano escribía sobre la nitidez de los puños planchados dísticos vibrantes y definitivos, sugeridos por la visita de una bella mundana y acaso de alguna *demi-mondaine*...

Las niñas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa á un santo.

Si llegaba alguna recién casadita con la alegría de la felicidad iluminándole el rostro, con el gesto satisfecho y algo insolente de la dicha, el maestro escribía *in promptu:*

Feliz si en tu semblante aún ve tu esposo
la materia en estado luminoso...

Los blancos puños, á los cuales era injuria la nitidez, porque revelaba que al maestro no le había sugerido nada la bella pecadora ó la

virtuosa cónyuge, guardaron en su efímera blancura de aquellos botones de fuego poéticos, aquellos estallidos líricos, que no han de ser efímeros porque la posteridad se encargará de recogerlos, y han de durar, grabados en los corazones de las mujeres románticas, más que durarían grabados en mármoles y bronces... *Aere perennius*...

Si era una esposa con gesto de *spleen* y de tedio la que entraba en la librería de Fe, el ilustre autor de las *Doloras* decíale al oído ó escribía al margen del puño:

> Te dije el fin de las amantes glorias
> que conseguir anhelas:
> casarte... como en todas las novelas,
> y hartarte... como en todas las historias.

O bien esta otra:

> Caminan por senderos alfombrados
> con hojas de los árboles caídas,
> la grey de engañadores engañados,

unas cuantas esposas aburridas
y unos cuantos maridos fastidiados.

O aquella otra más sencilla, más leve y más picaresca:

Todos lo han conocido.
¿Va con uno y bosteza? Es su marido.

Don Ramón de Campoamor era un anciano burlón y humorista que, al final de su vida, procuraba sonreirse de todo, y sin querer, se mostraba vivo retrato de aquel pesimista *de cátedra* y no *de acción* que él había presentado en LOS BUENOS Y LOS SABIOS:

Vive con la manía
de maldecir de su infeliz estrella
y, cual buen pesimista en teoría,
le va en la vida bien y habla mal de ella...

En vano se lamentaba de su tristeza diciendo:

En mi vida infeliz paso las horas
mientras llega la muerte,

convirtiendo en doloras
las tristes ironías de la suerte...

Por esa época los editores hacían llover ediciones de las obras del maestro sobre los múltiples admiradores. Incontables son las ediciones que se han hecho de *Los Pequeños Poemas*, de las *Doloras* y de las *Humoradas*. Todas ellas han sido vendidas y han vuelto á reproducirse siempre con general beneplácito.

Por lo tanto, ninguna novedad ha de tener este libro, que aspira sólo á ser una selección depurada de lo más fino que la mágica pluma de Campoamor produjo.

Acabo de publicar un libro acerca de Campoamor (biografía y estudio crítico), editado bajo los auspicios de los mismos Sres. Sáenz de Jubera, que ahora imprimen esta Antología, que nada tiene de nueva ni de pretenciosa. Nada nuevo he de decir en este prólogo acer-

ca del ilustre poeta, de su personalidad y de su obra, sino presentar al público esta flor del ingenio del gran astur, que podrá titularse *Selecta Compoamoriana.*

ANDRÉS CONZÁLEZ-BLANCO.

LAS MEJORES POESÍAS DE CAMPOAMOR

DOLORAS

LAS DOLORAS

A doña Juana Barrera de Campos.

¿Con que una buena dolora
me pides, Juana, tan llena
de candor?
Tal vez tu inocencia ignora
que será, si es la más buena,
la peor.
¿Te he de alabar, fementido,
desventuradas venturas
que gocé,
y amores que he aborrecido,
é inagotables ternuras
que agoté?
Perdona si en mis doloras
siempre mi pecho destila
la ansiedad
de unas sombras vengadoras,

que asaltan mi no tranquila
soledad.
Jamás en ellas escrito
dejaré, imbécil ó loco,
el error
de que el bien es infinito,
ni que es eterno tampoco
el amor.
Bueno es que, aunque terrenales,
nuestras venturas amemos;
pero, ¡ah!,
bienes de acá son mortales.
¡La dicha y el bien supremos
son de allá!
¡Qué inconsolables cuidados
da el ver, desde la rendida
senectud,
los tesoros disipados
de la por siempre perdida
juventud!
¡Qué manantial tan fecundo
de engañosas esperanzas
es amor!
¡Qué doctor es tan profundo
en útiles enseñanzas
el dolor!
¡Cuán ciego el amor, cuán ciego,
falta al deber más sagrado!

Y es de ver
¡cómo al amor faltan luego
los que primero han faltado
al deber!
¡Pérfido amor, y cuál huye
tras los primeros momentos,
del ardor!
¡Santa amistad, que concluye
por cumplir los juramentos
del amor!
¡Siento, á fe, que esta dolora
hiera, Juana, tu ternura!
Mas ya ves
que toda dicha de ahora
es siempre la desventura
de después.
Por eso, olvidado, quiero
ya sólo el eterno olvido
esperar,
aunque del mundo en que espero
más siento el haber venido
que el marchar.
Hasta de mí, el pensamiento
hastiado y arrepentido
del vivir,
huye cual remordimiento
que del crimen cometido
quiere huir.

Aunque de dolor ajenos,
la vida ven placentera
los demás,
si la despreciara menos,
yo acaso la aborreciera
mucho más.

Deja ya, corazón mío,
cuanto encuentres deleitable,
sin saber
que al gozar, mueres de hastío,
galeote miserable
del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
sus más aciagos momentos
soportar,
si en el pecho se pudiera
algunos remordimientos
enterrar!

Mas, ¡ay!, Juana encantadora,
¡cuál de espanto retrocede
tu candor,
al mirar que esta dolora,
si es buena, tampoco puede
ser peor!

Y es que derramo sincero
de mi dolor la medida
sin querer,
siempre que las aguas quiero

de mi soñolienta vida
remover.
Ya, cual todo penitente
en el lodo derribado
por su cruz,
me agito impacientemente
por revolverme hacia el lado
de la luz.
Yo antes vivir anhelaba,
mas hoy morir sólo fuera
mi ilusión,
si estuviese como estaba
el día de mi primera
comunión.
¡Juana! El respeto adoremos
que aún nos liga complaciente
al deber,
y los lazos desatemos
que habrá el tiempo tristemente
de romper.
¿A qué esperar á mañana
en dejar esto, y de aquello
en huir
si, aunque tú lo sientas, Juana,
lo que no dejemos, ello
se ha de ir?
Al fin de tu santo celo,

las huellas de buena gana
sigo fiel.
Cuando va el perfume al cielo,
todo lo que siente, Juana,
va con él.

Ya en mi inútil existencia,
solo el ímpetu modero
del dolor,
con paciencia y más paciencia;
ese valor verdadero
del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
sus culpas el alma mía
va á expiar,
¡perdóname, Dios eterno!
¡entonces, ¡ay!, no sabía
sino amar!

¡Ya en nada inmutable creo
más que en Dios Omnipotente;
y también
en que engaña mi deseo
por llevarme, más clemente
hacia el bien!

¡Sí! Me lleva al bien cumplido
que busco, cual nunca fuerte,
pues ya sé
que, aunque todo me ha vencido,

hoy venceré hasta la muerte
con la fe.
Y adiós, Juana que extasiado
del supremo bien que anhelo,
voy en pos.
¿Quién será el desventurado
que sólo mirando al cielo
no halle á Dios?

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene; hasta cuándo
no te lo podré decir;
por Dios, que al verme llorando,
ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
flor de mi natal ribera,
que si lloro á los dos pasos,
me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
que algún día
leí contigo una *Higiene*
que decía
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.
Ya te escribiré, mi bien,
cuantas penas me atormenten,
aunque, *á ojos que no ven,*
corazones que no sienten.

¡Qué infinito
será tu amor... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
que *ver* y *creer*, y no más.
Este refrán no te corra,
advirtiendo
que el *tiempo todo lo borra,*
y sabiendo
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.
«¡Qué yertas son las francesas!»
te diré todos los días;
«¡qué heladas!», si son inglesas,
y si italianas, «¡qué frías!»
Y entretanto,
mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficción
las alas del corazón!
Hermosa Irene, ten calma;
¿por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
pues no ignoras
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
adiós, alma de los dos;
ruega á Dios que no tropiece
por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro,
con la obstinación de un moro,
tal vez me ablande mañana
el fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡ay!, presumo
que el amor de un *ido* ó un *muerto*
siempre es humo;
pues, conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

LOS GRANDES HOMBRES

De Yuste en el santuario,
Carlos quinto, emperador,
valientemente al calvario
subiendo de su dolor,

ver su entierro determina,
cual resuelto capitán,
doblado como la encina
rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido
como en lecho sepulcral,
cayó cual león herido
que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,
mirándole de hito en hito,
una vieja murmuró:
«¡qué feo y qué viejecito!»

Y cuando la multitud
cree que el grande emperador
está, más que en su ataúd,
sepultado en su dolor,

él, frunciendo el entrecejo
y fijo en tan vana idea,
dice: «¿qué soy feo y viejo?
¡Ella sí que es vieja y fea!»

¿Qué le importará al cuitado
más bello ó más joven ser,
si esas cosas ya han pasado
para nunca más volver?

Del *Dies irae* el rumor
ya consternaba el ambiente,
y aún dice el emperador:
«¡Habrá vieja impertinente!»

Mientras el canto bosqueja
todo el horror de *aquel día*,
al rey la voz de la vieja
el corazón le roía.

Y es cosa particular,
no pueda un varón tan fuerte
una burla despreciar,
él, que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo
el corazón hecho trizas,
y el canto prosigue: «¡El mundo
se convertirá en cenizas!»

La vieja, del funeral
oye entretanto el solfeo,
como diciendo: «Sí tal,
muy viejecito y muy feo».

Y airado su majestad
sigue: «¡Bruja del infierno!»
Y el canto: «¡Por tu bondad,
líbrame del fuego eterno!»

Calla el coro; alza el semblante
pálido el emperador,
surgiendo allí, semejante
á la estatua del dolor.

Y cuando el monje imperial
vuelve á su celda apartada,
mostrando algo de fatal
en su frente devastada,

por todo su sér refleja
santa humildad, puro amor;
tan sólo miró á la vieja
con humos de emperador.

LO QUE HACE EL TIEMPO

A Blanca Rosa de Osuna.

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya tenebrosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Hoy para ti sólo hay gloria
y danzas y flores bellas;
mas después,
se alzarán tristes querellas,
hasta de las mismas huellas
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿no oyes del alma en lo interno
un rumor,
que, lúgubre, á todas horas
nos dice que no es eterno
nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
una verdad tan odiosa
tu bondad!
Y esto ¡fuera menos triste,
si no fuera, Blanca Rosa,
tan verdad!
Te aseguro como amigo
que es muy raro, y no te extrañe
amar bien.
Siento decir lo que digo;
pero, ¿quieres que te engañe
yo también?
Pasa un viento arrebatado,
viene amor, y á dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve á hacer importuno
de uno, dos.
Que amor, de egoísmo lleno,
á su gusto se acomoda
bien y mal;
en él hasta herir es bueno;
se ama ó no ama; aquí está toda
su moral.
¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
cuando aún tiene la inocencia,
su deber!
Y ¡cómo más adelante,

aviene con su conciencia
su placer!
¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?
¡Sí!, culpable como el viento
que al pasar hace pedazos
una flor.
¿Verdad que es abominable
que el corazón vagabundo
mude así,
sin ser por ello culpable,
porque esto pasa en el mundo...
porque sí?
Se ama una vez sin medida,
y aún se vuelve á amar sin tino
más de dos.
¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!
El lleve tu labio ayuno
á algún manantial querido
de placer,
donde, dichosa, ninguno
te enseñe nunca el olvido
del deber.
Siempre el destino inconstante

nos da cual vil usurero
su favor;
da amor primero y no amante,
después mucho amante, pero
poco amor.

Tranquila á veces reposa,
y otras se marcha volando
nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
ni he visto jamás terneza
siempre igual.
¿Y á qué negarlo? No creo
ni del bien en la fijeza,
ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
y este moverse impaciente
pasa así,
porque así ha pasado y pasa,
porque sí, y, ¡ay!, solamente
porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
de los fáciles amores
con horror,
si cuanto más las pisamos,

más nos embriagan las flores
con su olor!
El cielo sin duda envía
la lucha á la fermentosa
juventud;
pues, ¿qué mérito tendría
sin esfuerzos, Blanca Rosa,
la virtud?
¡Ay! Un alma inteligente,
siempre en nuestra alma divisa
una flor
que se abre infaliblemente
al soplo de alguna brisa
de otro amor.
Mas dirás: «¿Y en qué consiste
que todo á mudar convida?»
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste,
pero, aunque triste, la vida
es así.
Y si no es amor el vaso
donde el sobrante se vierte
del dolor,
pregunto yo: ¿Es digno acaso
de ocuparnos vida y muerte
tal amor?
Nunca sepas, Blanca Rosa,

que es la dicha una locura,
cual yo sé;
si quieres ser venturosa,
ten mucha fe en la ventura,
mucha fe.

Si eres feliz algún día,
¡guay que el recuerdo tirano
de otro amor
no se filtre en tu alegría,
cual se desliza un gusano
roedor!

Tú eres de las almas buenas,
cuyos honrados amores
siempre son
los que bendicen sus penas,
penas que se abren en flores
de pasión.

Con tus visiones hermosas,
nunca de tu alma el abismo
llenarás,
pues la fuerza de las cosas
puede más que Hércules mismo,
mucho más.

Si huye una vez la ventura,
nadie después ve las flores
renacer,
que cubren la sepultura

de los recuerdos traidores
del ayer.
¿Y quién es el responsable
de hacer tragar sin medida
tanta hiel?
La vida, ¡esa es la culpable!
¡La vida! ¡Sólo es la vida
nuestra infiel!
La vida, que desalada
de un vértigo del infierno
corre en pos.
Ella corre hacia la nada,
¿quieres ir hacia lo eterno?
Ve hacia Dios.
¡Sí! Corre hacia Dios, y él haga
que tengas siempre una vieja
juventud.
La tumba todo lo traga;
sólo de tragarse deja
la virtud.

LOS DOS CETROS

A S. A. el Príncipe de Asturias.

I

Vine un convento á heredar,
y al mismo convento anejo,
un templo á medio arruinar,
donde hallé un santo muy viejo
encima de un viejo altar.

II

Cogí un bastón que tenía
de caña el santo bendito,
y dentro un papel había
que por don Pelayo escrito,
de esta manera decía:

«Escucha, lector, la historia
del postrer rey español,
y á los que amengüen su gloria,

les ruego que hagan memoria
que hay manchas hasta en el sol.

»Meses anduve cumplidos
del rey don Rodrigo en pos,
desde el día en que vendidos,
fuimos en Jerez vencidos
los del partido de Dios.

»Hallé al fin al rey de España
al pie de este santuario,
llevando un cetro de caña,
pobre pastor solitario,
rey de una pobre cabaña.

»Y al verme casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
—*Porque te estaba aguardando*
no me hallo ya descansando
en los brazos de la muerte.

»*Llegué aquí desesperado,*
cuando mi trono se vió
por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
como les perdono yo!

»*Desde entonces, entre flores,*
vagando por los oteros,
recuerdan á mis dolores

el cetro, amigos traidores;
la caña, mansos corderos.

»*Tú, elegido por mi amor*
y mi heredero por ley,
escoge aqui lo mejor
entre este cetro de rey
y esta caña de pastor.

»*Sé humilde ó grande. Yo ahora*
me quedo á ejercer contento,
la virtud que el cielo adora;
que es el arrepentimiento
que en la sombra reza y llora.

»Dijo, y siguiendo el destino
de su alegre adversidad,
lleno de un fervor divino,
tomó Rodrigo el camino
de la eterna soledad.

»Yo, Pelayo, os doy la historia
del postrer rey español,
y á los que amengüen su gloria,
les ruego que hagan memoria
que hay manchas hasta en el sol.

»¡Dios eterno! ¿Y de estas flores
he de dejar los senderos,
recordando á mis dolores

el cetro, amigos traidores;
la caña, mansos corderos?

»¡Sí! que aunque mi alma cansada
tomaría de buen grado
el arado por la espada,
tomo por ti, patria amada,
la espada en vez del arado.

»Parto, y lo escrito, al marchar,
con la caña al santo dejo.»
Caña que á mí vino á dar
cuando hallé aquel santo viejo
encima de un viejo altar.

Y he aquí por qué suerte extraña
del rey don Rodrigo, así
han llegado cetro y caña,
grande el cetro al rey de España,
y humilde la caña á mí.

III

A vos, príncipe y señor,
desde la cuna rodeado
de todo humano esplendor,
os escribo ésta, sentado
sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
á un rey á heredar los dos.
Vos su cetro, y yo su caña;
vos el cetro real de España,
yo, el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
el cetro os dará algún día;
la caña, más venturoso,
al menos, ¡ay!, os daría
en la oscuridad reposo.

Yo, en vez de rey desdichado,
seré un dichoso pastor,
pues ya el mundo me ha enseñado
que entre el cetro y el cayado,
el cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
desde mi humilde rincón
cuando os lleven perseguido,
la calumnia, si vencido;
si vencéis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
por el monte ó por el llano,
á vos os dirá la gente,
rey débil, si sois clemente;
si justiciero, tirano.

¡Cuál será vuestro cuidado
mientras que todo, señor,
yo lo olvidaré, olvidado,
en mi trono recostado
de humildes yerbas en flor!

Noble cual vuestra nación,
á vuestra madre imitad,
en cuyo real corazón,
se aman justicia y perdón,
se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
dé su gracia, os dé el tesoro.
¡Dado en mi pobre cabaña;
yo, el rey de cetro de caña,
á mi rey de cetro de oro!

MÚSICAS QUE PASAN

A m querido amigo D. Facundo Goñi.

I

¡Música!—¡Qué aliento dan,
y qué esperanzas sin fin,
el *re-tin-tín* del clarín,
del tambor el *ra-ta-plán!*
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
¡Estas músicas que pasan,
qué alegres son cuando vienen!

II

¡Música!—¡Conforme avanza
ya el tambor ó ya el clarín,
causa aliento el *re-tin-tín*,

da el *ra-ta-plán* esperanza!
¡Se aleja, y ya en lontananza,
más bien que gozoso afán,
tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
las músicas que se van!

III

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
nos dan á algunos valor
el *ra-ta-plán* del tambor,
del clarín el *re-tin-tín!*
Tu *esplín*, Facundo, y mi *esplín*...
¡para músicas están!
Poco nuestro antiguo afán
las músicas entretienen,
ni cuando alegres se vienen
ni cuando tristes se van!

DRAMAS DESCONOCIDOS

Cuando el pueblo á Otelo vió
que, matando á la que adora,
dice: «Muera la traidora,
que el alma me asesinó»,
tu rostro el color perdió
llorando el fin de la bella;
yo de él, pensando en la estrella,
dije, mirándote: «¡Infiel!
¡Si no te mato como él,
me asesinaste como ella!»

COSAS DE LA EDAD

I

—Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro día
una carta que decía:
«Al espejo de mis ojos».

Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
el corazón lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad,
y lo pasado, pasado!

¿Por tus locas vanidades,
que son, ¡oh, niña!, no miras

más amargas las verdades,
cuanto allá en las mocedades
son más dulces lás mentiras?

Y es la tez encantadora
con que el semblante se aliña,
luz que la edad descolora:
mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)

II

—Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razón
que en el tiempo que ha pasado,
ó habéis perdido ó gastado
las llaves del corazón.

Si amor con fuerzas extrañas
á un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas:
mas no amar teniendo entrañas,
eso es imposible, abuela.

¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

¿Jamás en vuestros desvelos
cerráis los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

¿Y nunca véis, en mal hora
miradas que la pasión
lance tan desgarradoras,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazón?

¿Y no adoráis las ficciones
que al alma, pasando deja
cierta ilusión de ilusiones?
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)

III

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía,
puso entre tu alma y la mía
el yerto mar de los años.
Mas la vejez destructora
pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,

buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.
—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido:
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.
—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal... No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)

COSAS DEL TIEMPO

Pasan veinte años: vuelve él,
y al verse exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?...)

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA

Ya que este mundo abandono,
antes de dar cuenta á Dios,
aquí, para entre los dos,
mi confesión te diré:
—Con toda el alma perdono
hasta los que siempre he odiado;
¡á ti, que tanto te he amado,
nunca te perdonaré!

AMOR Y GLORIA

¡Sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
sólo aire y arena son...
¡Torres con que la ilusión
mundo y corazones llena;
las del mundo sois arena,
y aire las del corazón!

1ª

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

-Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
-¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos visteis juntos? —Pues.
-Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo,
la noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel.—Gracias.—Empiezo.
Mi querido Ramón:
-¿Querido?... Pero en fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis... —¡Sí sí!
-¡*Qué triste estoy!* ¿No es eso? – Por supuesto:
¡Qué triste estoy sin tí!
'na congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?...
-Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.
-*¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.*
¿Y contigo? Un edén.
-Haced la letra clara, señor cura;
que lo entienda eso bien.

—*El beso aquel que de marchar á punto*
te di... —¿Como sabéis?...
—Cuando se va y se viene y se está junto...
siempre... no os afrentéis.
—*Y si volver tu afecto no procura,*
tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡que me voy á morir!
—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...
—Pues, sí, señor, ¡morir!
—Yo no pongo *morir.* —¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!...
¡Señor rector, señor rector! en vano
me queréis complacer,
sino encarnan los signos de la mano
todo el sér de mi sér.
Escribidle por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día
porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento,
no se saben abrir;
que olvidan de la risa el movimiento
á fuerza de sentir.
Que mis ojos que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tiene quien se mire en ellos,
cerrados siempre están.

Que es de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz;
que es un perpetuo sueño de mi oído
el eco de su voz...
Que siendo por su causa el alma mía
¡goza tanto en sufrir!
¡Dios mío, cuántas cosas le diría
si supiera escribir!...

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

Después de amarla, olvídala; que el cielo
la inconstancia al amor le dió en consuelo.

PATRICIO M. DE RAYÓN

¡Ay! Anoche te escuché
(el que escucha oye su mal),
cuando á otro hombre, por tu fe,
le jurabas fe eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
que pase un mes y otro mes
y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
ya no lloro
ni mi engaño ni tu engaño;
pues no ignoro
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

Después, ¡ingrata! ¿Qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste:
«No hice otro tanto con él.»
¡Ay, Victoria,
cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes ducho,
te engañé;
porque, aunque me amabas mucho,
yo bien sé
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.
Por último, ¡horrible paso!
dijiste, al partir, de mí:
«Es un...»—¡Ah! Mas, por si acaso,
lo dije yo antes de ti.
Sí, gacela;
aquí el que no corre, vuela:
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de ti á otra mujer.
Que los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores
y engañados;

pues la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

Adiós. Te juro leal,
por el que nació en Belén,
que nunca te querré mal,
si no te quise muy bien.
Con que, adiós;
Navia y Julio á veintidós.
Hoy por mí, y por ti mañana:
¡tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
ó, imprudente,
llegases tú á amar alguno,
ten presente
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA

De niño en el vano aliño
de la juventud soñando,
pasé la vida llorando
con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
cuando ni un mal le desvela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela
¿dónde está?
Ya joven, falto de calma,
busco el placer de la vida,
y cada ilusión perdida
me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación más florida
no hay mal que al alma no duela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela
¿dónde está?
La paz con ansia importuna,
busco en la vejez inerte,

y buscaré en mal tan fuerte
junto al sepulcro la cuna.
Temo á la muerte, y la muerte
todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela
¿dónde está?

PROPÓSITOS VANOS

—Padre, pequé, y perdonad
si en mi amorosa contienda,
se lleva el viento, á mi edad,
propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR

«...¡Siempre es viento
á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?»

LA PENITENTA

El *mismo* del otro día.
Y aunque es el *mismo,* id templando
vuestro gesto,
pues dijo ayer, predicando
Fray Modesto,
que es inútil la más pura
contrición,

si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.
Ayer, padre, por ejemplo,
tocó á misa el sacristán,
y en vez de correr al templo
corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR

«...Triste don,
correr tras su perdición...»

LA PENITENTA

Sí, señor; mas don tan vil,
de mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
más que á misa;
que el diantre, á todas sin duda,
nos avisa
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.
La verdad, tan poco ingrata
con Juan estuve en la huerta,
que, como él mirando mata,
huí de él... como una muerta.

EL CONFESOR

«¡Dulcemente
fascina así la serpiente!

LA PENITENTA

¡No lo extrañéis siendo el pecho
de masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(que lo dudo),
ya contaré que en el suelo
nunca pudo
sernos útil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.
Y mañana ¿qué he de hacer,
Padre, al sonar la campana,
si él me dice hoy, como ayer:
«Vuelve á la huerta mañana»?»

EL CONFESOR

«¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios!»

LA PENITENTA

Es cierto, mas entre amantes,
no siempre suele ser antes.
Y, en fin, si de ser cautiva
me arrepiento
ó me absolvéis mientras viva,
ó presiento
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

VANIDAD DE LA HERMOSURA

A Octavia.

Ni amor canto, ni hermosura,
porque ésta es un vano aliño,
y además,
aquél una sombra oscura.
Octavia.
—¿No es más que sombra el cariño?
—Nada más.
Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,
ya verás
cual son ceniza mañana.
Octavia.
—¿Nada más que son ceniza?
—Nada más.
Y en tu contento no escaso,
¿qué dirás que es un contento,
qué dirás?
Octavia.

– ¿Nada más, que viento acaso?
—Nada más, niña, que viento.
Nada más.

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones:
¡nada más, luz de mis ojos,
nada más!...

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(Para música).

Por un *nacido* allí imploran,
y aquí por un *muerto* lloran:
cuando allí tocando están
¡din don, din dan!
tocan aquí en bronco son:
¡din dan, din don!
Allí un *vivo* y aquí un *muerto.*
A tan monstruoso concierto
labrando mis goces van,
¡din don, din dan!,
su tumba en mi corazón:
¡din dan, din don!,
¡Ay, cuán falsamente unida
va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡din don, din dan!
¡qué breves las dichas son!
¡din dan, din don!

LA OPINIÓN

A mi querida prima Jacinta
White de Llano en la muerte
de su hija.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
viendo el féretro pasar:
Un clérigo.—Empiece el canto.
El doctor.—¡Cesó el sufrir!
El padre.—¡Me ahoga el llanto!
La madre.—¡Quiero morir!
Un muchacho.—¡Qué adornada!
Un joven.—¡Era muy bella!
Una moza.—¡Desgraciada!
Una vieja.—¡Feliz ella!
—¡Duerme en paz! dicen los buenos.
—¡Adiós! dicen los demás.
Un filósofo.—¡Uno menos!
Un poeta.—¡Un ángel más!

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
á los cuarenta me vi,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.
Del alma en la transparencia
mi rostro entonces miré,
y tal me vi, en la conciencia,
que el corazón me rasgué.
Y es que en perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
¡se mira al espejo, y mal!
¡se ve en el alma, y peor!

TODO Y NADA

«¡Cuánta dicha y cuánta gloria!»,
dije, entre humillado y fiero,
leyendo una vez la historia
del emperador Severo.
Y cuando á verle llegué
subir á rey desde el lodo,
«Yo, en cambio—humilde exclamé—
no fuí nada, y nada es todo.»
Mas con humildad mayor
vi que, al fin de la jornada,
exclamó el emperador:
«Yo fuí todo, y todo es nada.»

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA

Ya he visto con harta pena
que ayer, alma de mi alma,
mandaste colgar, Elena,
de tu balcón una palma.
Y, ó la palma no es el título
de una candidez notoria,
ó no es cierto aquel capítulo
en que habla de ti la historia.
Pues dicen que hoy, imprudente,
después que la palma vió,
riéndose maldiciente,
cierto galán exclamó:
«Mal nuestra honradez se abona,
si nuestras virtudes son
cual la virtud que pregona
la palma de ese balcón.»
Bien te hará entender, Elena,
esta indirecta cruel
que ya es pública la escena
que pasó entre Dios, tú y él.

Pues al mirarte embebido,
dice entre sí el vulgo ruin:
«Ya hay alientos que han mecido
las flores de ese jardín.»
Mas tú niega el hecho, Elena,
porque en materias de honor,
antes, el Código ordena,
ser mártir que confesor.
Aunque á hablar de ti se atrevan
siempre será necio intento
dudar de honras que se llevan
palabras que llevó el viento.
Da al misterio la verdad,
que la virtud, en su esencia,
es *opinión* la mitad,
y otra mitad *apariencia.*
Palma ostenta, pues es uso,
que, aunque mentir no es prudente,
por algo Dios no nos puso
el corazón en la frente.
Nada á confesar te venza,
que engañar por el honor
es en los hombres *vergüenza,*
y en las mujeres *pudor.*
Y si tu honor duda implica,
no dudes que hay mil que son
cual la virtud que publica
la palma de tu balcón.

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.
—Vengo á hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?
—Yo nada:
que no me quites el sol.
—Mi poder...
—Es asombroso;
pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé: no haciéndome sombra.
—Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?
—Mantos reales gastarás
de oro y seda.
—Nada, nada.

¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?
—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.
—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes.
las llamáis dichas humanas?
—Mi poder á cuantos gimen
va con gloria á socorrer.
—¡La gloria!, capa del crimen;
crimen sin capa, ¡el poder!
—Toda la tierra iracundo
tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
no siendo dueño de ti?
– Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.
—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
– Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!
—Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.

—Viviré desconocido,
mas nunca moriré odiado.
—¡Adiós!, pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!
  Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable!—dice el sabio;
y el rey dice: —¡Miserable!

CANTARES

CANTARES

I

La amo tanto, á mi pesar,
que aunque yo vuelva á nacer
la he de volver á querer
aunque me vuelva á matar.

II

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazón;
que si hay juicio, no hay pasión;
y si no hay pasión, no hay nada.

III

Como no vives tú en mí,
vivo en ti, más no contigo;
y hasta no vivo conmigo,
como vivo solo en ti.

IV

Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

V

Perdí media vida mía,
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

VI

Prometo que te he de amar,
pero me has de prometer
que sólo me has de engañar
si me dejas de querer.

VII

Dios, que nos crió á los dos,
podrá hacer que yo me muera,
pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.

VIII

Para pintarte, querida,
mi existencia de una vez,
lee el resumen de mi vida:
«Una tarde en Aranjuez.»

IX

Absorto en ti mi deseo,
tan solo en tu amor creí;
pero ahora en nada creo,
desde que no creo en ti.

X

Tú presumes, y no es cierto,
que yo te oculto una cosa;
y sólo te oculto, hermosa,
el llanto que por ti vierto.

XI

Porque en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

XII

Tus perfecciones al ver,
suelen los hombres decir:
«Sólo por verla, nacer:
después de verla, morir.»

XIII

Porque esté más escondido,
de tal modo te lo cuento,
que entre mi boca y tu oído
no quiero que esté ni el viento.

XIV

El mismo amor ellas tienen
que la muerte á quien las ama;
vienen si no se las llama,
si se las llama, no vienen.

XV

Sin antifaz te veía,
y una vez con él te vi;
sin él no te conocía,
más con él te conocí.

XVI

Ni te tengo que pagar,
ni me quedas á deber;
si yo te enseñé á querer,
tú me enseñaste á olvidar.

XVII

¡Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
si yo la conozco tanto?...

XVIII

Mira que ya el mundo advierte
que al mirarnos de pasada,
tú te pones colorada,
yo pálido cual la muerte.

XIX

Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada
ó te acuerdas demasiado?

XX

Yo no soy como aquel santo
que dió media capa á un pobre;
ten de mi amor todo el manto,
y si te sobra, que sobre.

XXI

Con desdén me has molestado,
y hoy con celos me molestas,
y más bostezos me cuestas
que suspiros me has costado.

XXII

Sin saber decir por qué es,
para los malos amantes
todas son discretas antes,
y todas tontas después.

XXIII

Ya sé que aunque perdí en ello,
he perdido tu amistad,
desde que hablando de aquéllo,
te dije aquella verdad.

XXIV

Por más que sobre árbol bueno
otra mejor he injertado,
nunca hay fruta en mi cercado
como en el cercado ajeno.

XXV

Loca por mí te figuras,
mas ya ven los que te advierten,
que nunca haces más locuras
que aquellas que te divierten.

XXVI

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia
y luego vuelta á empezar.

XXVII

¡Cuántos deseos cautivos
te manda mi corazón
velados en la expresión
de esos puntos suspensivos!...

XXVIII

Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde;
allí, ya recuerdas dónde,
nos pasó, ya sabes qué.

XXIX

Por más contento que esté,
una pena en mí se esconde;
que la siento no sé dónde
y nace de no sé qué.

XXX

Menor el tormento fuera
de esta duda en que me muero,
si cual sé lo que no quiero,
lo que yo quiero supiera.

XXXI

Decía yo de este amor loco:
«¡Penar tan poco por tanto!»
Y dije al perder mi encanto:
«¡Penar tanto por tan poco!»

XXXII

Para divertir su afán
cantaba á su reja un loco:
«Unos estamos por poco,
y otros por poco no están.»

XXXIII

Si ayer tropecé bastante,
hoy tropiezo mucho más:
antes, mirando adelante,
después, mirando hacia atrás.

XXXIV

La tumba es al lecho igual,
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal
y en la otra se duerme bien.

XXXV

Dame la vida, ¡oh, dolor!,
compañero eterno mío,
pues si no fuera tu amor,
ya hubiera muerto de hastío.

XXXVI

Llorar de placer se suele,
y es que en nuestro corazón
hay siempre una vibración,
que, aun con el placer, nos duele.

LOS PEQUEÑOS POEMAS

LOS PEQUEÑOS POEMAS

EL TREN EXPRESO

POEMAS EN TRES CANTOS

Al ingeniero de caminos, el célebre escritor D. José Echegaray, un admirador y amigo.

EL AUTOR

CANTO PRIMERO

LA NOCHE

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como el mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso;
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche,
muellemente acostado,
al arrancar el tren subió á mi coche,
seguida de una anciana,

una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, á una voz de mando
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación, lanzó un gemido
la máquina que libre se veía,
y corriendo al principio solapada
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
aquel tren que corría como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
—¿Sois español?—Y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro que aún ahora
el recordarlo solo me embelesa,
—Soy español—la dije—; ¿y vos, señora?
—Yo—dijo—soy francesa.

—Podéis la repliqué con arrogancia—
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra,
pero en cambio—me dijo—es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores;
no os podéis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores.
Y después de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras es lo mismo
que dar vueltas por sendas más seguras
en el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
veía allá á lo lejos, desde el coche,
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno cien especies de negruras
tomadas en cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!...

¡Lamentos de la máquina espantosos
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grande los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!
¡Juegos de llama y humo indiscutibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes... límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!
Sombra, humareda, confusión y nieblas!...
Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
y entre el humo del tren y las tinieblas,
aquí una cosa negra, allí otra horrible.

V

¡Cosa rara! Entretanto,
al lado de mujer tan seductora
no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
más fué inútil empeño,

dmiraba á la joven, y es sabido
ue á mí la admiración me quita el sueño.
'o estaba inquieto, y ella,
in echar sobre mí mirada alguna,
brió la ventanilla de su lado,
como un sér prendado de la luna,
niró al cielo azulado,
ɔreguntó, por hablar, que hora sería,
al ver correr cada fugaz estrella:
—¡Ved un alma que pasa!—me decía.

VI

- ¿Váis muy lejos?—con voz ya conmovida
le pregunté á mi joven compañera.
—¡Muy lejos -contestó—; voy decidida
á morir á un lugar de la frontera!...
Y se quedó pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraída,
cual se mira en la noche un sitio oscuro
donde fué una visión desvanecida.
—¿No os habrá divertido—
la repliqué galante—
la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
—¿Lo traéis vos?—me dijo con tristeza.
—Todo en París lo hace olvidar, señora

—le contesté—, la moda y la riqueza.
Yo me vine á París desesperado,
por no ver en Madrid á cierta ingrata.
—Pues yo vine—exclamó—y hallé casado
á un hombre ingrato á quien amé soltero.
—Tengo un rencor—le dije—que me mata.
—Yo una pena—me dijo—que me muero.
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato,
pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba;
así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mío,
pues hacía un gran frío, tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella, doliente,
con el cuerpo aterido:
—¡Tengo frío!—me dijo dulcemente
con voz que, más que voz era un balido,
me acerqué á contemplar su hermosa frente,
y os juro por el cielo,
que, á aquel reflejo de la luz escaso,

la joven parecía hecha de raso,
de nácar, de jazmín y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas, verde y grana,
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
la tapé aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego al claroscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro,
de la sombra las danzas misteriosas!...
¡La joven, que, acostada, traslucía
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía
un ángel de Rafael ó de Murillo!...
¡Sus manos, por las venas serpenteadas,
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que á tener cruzadas
por la oración habitual tendía!...

¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!..
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
la celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
del techo, que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa continua sucesión de cosas
que así en el corazón como en la mente
acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!..,
¡La claridad de cueva que salía,
del techo de aquel coche que tenía
la forma de la tapa de una tumba!...
¡La visión triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacían traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto atronadora
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas
para anunciar, al despertar la aurora,

una estacion que en feria convertía
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente;
y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estación entró seguido,
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO

EL DÍA

I

Y continuando la infeliz historia,
que aún vaga como un sueño en mi memoria,
veo al fin, á la luz de la alborada,
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja del trigo calcinada
por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresión del todo religiosa,
como llevando á cabo algún misterio,
después de un—¡ay, Dios mío!—
me dijo señalando un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frío!—

II

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y á otro lado
se tiende por el viento,
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra fauna, hoy otra flora;

verdura y aridez, calor y frío;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estación á otra estación sueede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
á pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy de prisa el amor á los treinta años.
—Y ¿dónde váis ahora?—
pregunté á la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero—
me respondió sincera—
á esperar el olvido un año entero.
—Pero ¿y después—le pregunté—señora?
Después—me contestó—, ¡lo que Dios quiera!—

IV

Y porque así sus penas distraía,
las mías le conté con alegría,
y un cuento amontoné sobre otro cuento,
mientras ella, abstrayéndose veía,
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
ó como dicen ellos, en España,
la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Maricastaña.
En mis cuadros risueños,
pintando mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroínas francesas y de ensueños,
capaz de poner fuego al mundo entero;
y no faltaba nunca un caballero
que por gustar solícito á su dama,
le sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese el alientó nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma:
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida

que un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el edén de nuestra vida.

V

Como en amor es credo
ó artículo de fe que yo proclamo,
que en este mundo de pasión y olvido
ó se oye conjugar el verbo te amo.
ó la vida mejor no importa un bledo;
aunque entonces, como hombre arrepentido,
el ver á una mujer me daba miedo,
más bien desesperado que atrevido,
—y ¿un nuevo amor —le pregunté amoroso —
no os haría olvidar viejos amores?
Más ella, sin dar tregua á sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo,
y en confusión extraña,
parecen confundidos tierra y cielo,
monte la nube y nube la montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte

por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica curva de un pantano,
ya entrando por el hueco
de algún túnel que horada las montañas,
á cada horrible grito
que lanzando va el tren responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al muro en sus entrañas:
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal, cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos
se vuelven hacia atrás en el instante
que nosotros pasamos:
y conforme va el tren hacia adelante,
parece que desandan lo que andamos;
y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en raudo movimiento
los postes del telégrafo clavados
en fila á los costados del camino;
y, como gota á gota, fluyen, fluyen
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento

el humo con la luz un remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana
que así el ramblizo como el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo
los picos y las rocas decapita
que levanta la tierra,
formando un terraplén sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas antes,
del poderoso anhelo.
de los grandes gigantes
que, en su ambición, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX

Corría en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin por la ribera;
y al descender al llano,

sitio infeliz de la estación postrera,
le dije con amor:—¿Sería en vano
que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
alcanzar á la luna con la mano?
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante;
¿qué más queréis—me preguntó—que os diga?
Y bajando al andén, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena
con la gente que entraba y que salía,
pues la estación del pueblo parecía
la loca dispersión de una colmena.

X

Y con dolor profundo,
mirándome á la faz, desencajada,
cual mira á su doctor un moribundo,
siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
ó aquí me encontrará dentro de un año,
ó allí...—me dijo señalando al cielo.
Y enjugando después con el pañuelo

algo de espuma de color de rosa,
que asomaba á sus labios amarillos,
el tren (cual la serpiente que escamosa
queriendo hacer que marcha, y no marchando,
ni marcha ni reposa)
mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo, la mano alzando,
volvimos saludando la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hacia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO

EL CREPÚSCULO

I

Cuando un año después, hora por hora,
hacia Francia volvía
echando alegre sobre el cuerpo mío
mi manta de alamares de Zamora,
porque á un tiempo sentía,
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frío,
al minuto final del año entero
á la cita acudí cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
más al llegar á la estación aquella
que no quiero nombrar, porque no quiero,
una tos de ataúd sonó á mi lado,
que salía del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje.
Me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
y echándome un papel por la ventana:
Tomad—me dijo—y continuad el viaje.
Y cual si fuese una hechicera vana
que después de un conjuro, en la alta noche

quedase entre la sombra confundida,
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza
cual niebla entre la luz desvanecida,
al punto, en que, llegando con presteza
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza,
que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza.

II

«Mi carta, que es felíz, pues va á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy que, por gustaros,
juró estar viva á vuestro lado un día.
»Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
»Por no dar fin á la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
»Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

»Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡El triste vive y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!...
»¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz, tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.
»Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna:
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!
»Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto...!
«Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren lleguemos
de nuestra vida á la estación postrera.
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.
»Pues yo desde ella os estaré mirando,
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

»¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...
»¡Oh, Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas,
mas sufrí por más tiempo todavía!
»¡Adiós, adiós! Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero.
Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba y que me muero.»

III

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que á un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza,
á la anciana busqué desesperado;
mas fué esperanza vana,
pues, lo mismo que un ciego, deslumbrado,

ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido á tirarme de cabeza.
Cuando, por fin, sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche maldecía
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, día por día,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma, y como inútil mercancía,
me volvió hasta París el tren expreso.

DICHAS SIN NOMBRE

POEMA EN UN CANTO

Al popular escritor el señor D. Ramón de Navarrete y Canda (Asmodeo), su antiguo amigo y compañero,
EL AUTOR

I

Lo tengo bien presente:
la quinta de Pombal, honra del Tajo,
se encuentra río abajo, río abajo,
saliendo de Lisboa hacia el Poniente.
En Portugal los sueños son pasiones;
y en el bello jardín que os he nombrado,
hecho por algún sabio enamorado
del arte de avivar las tentaciones,
un día, el más hermoso de mi vida,
niñas bellas y jóvenes rendidos,
jugamos á escondernos y en seguida
á volvernos hallar bien escondidos.

II

¡Cuánta divina cosa
se agolpa á arrebatarnos el reposo
en esa edad dichosa
en que es encantador lo peligroso!
Así una inglesa, hasta dar miedo hermosa,
en aquel día para mí dichoso,
merced á la bondad de cierta prima
que me dió cierta fama de poeta
al verme se animó, como se anima
al soplo del Abril la vïoleta;
y, siendo aquella vez la vez primera
que del amor la música escuchaba,
la niña me miraba
poniendo en su mirada el alma entera,
pues su candor, que era su grande encanto,
era tan ultra-inglés, que todavía,
teniendo ya quince años, no sabía
por qué los hombres la miraban tanto;
y sin saberlo, ardiente,
no os engaña mi lengua si os confiesa,
que en sus labios tenía, aunque era inglesa,
los mortales perfumes del Oriente.

III

Yo la miré también con vivo fuego,
y, después de mirarnos,

corrimos á escondernos, si bien luego,
jugamos, escondidos, á adorarnos,
que en el mundo el amor siempre está en juego.
Y, mientras llena de inquietudes ella,
de un rincón del jardín tomó el camino,
más rápida y más bella
que una fúlgida estrella
que corre por los cielos sin destino,
yo la seguí atrevido
sintiéndome exaltado
por el vapor caliente y colorado
que arroja el Tajo por el sol herido;
y en un cierto rincón que parecía
á trechos arenal y á trechos prado,
se escondió bien á espaldas de un vallado,
para que yo la hallase si quería.
Mas, lo que es una infamia... es que aquel día
me dijo ella su nombre y lo he olvidado;
y no encuentro manera
por más que la conciencia me remuerde,
de recordarlo ahora, que era... que era...
ya lo diré después, cuando me acuerde.

IV

No sé bailar como se baila hoy día,
pero llegué á bailar con elegancia
cuando yo, á los veinte años, escribía

mis versos para el uso de la infancia;
y hoy todavía entiendo
que á correr (no á bailar) nadie me gana,
aunque ya voy teniendo
bastante edad para morir mañana.
Por eso corrí tanto, aunque sentía
mis nervios por el rayo sacudidos,
cuando al irse á esconder ella corría
como una cierva al escuchar ladridos.
¿Si por estos pueriles devaneos
me mirará, algún día, el cielo airado,
como miran los jueces á los reos?
¿Por qué el tener amor será pecado?
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

V

Y aunque es fama que ardiente y seductora,
coge el saber la adolescencia al vuelo
y mira con placer, cuando lo ignora,
cuánta ciencia se aprende en una hora,
si es la hora marcada por el cielo,
echando entonces del pudor el velo,
ni de una sola esquina
tiraron mis amantes inquietudes,
pues siempre entre ella y yo, la muselina,
haciendo una aspillera de virtudes,
levantó una muralla de la China.

VI

Solo una vez al estrechar su mano,
robó de mis entrañas el sosiego
un poco de aquel fuego
que ha enterrado á Pompeyo y á Herculano.
Víctima del mutismo
que da el amor, cuando en la fiebre toca,
se quedó en celestial sonambulismo;
y, no pudiendo hablarme con la boca,
me hablaba con los ojos, que es lo mismo.
¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...
Mas ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...
¿Echarán nuestros nombres en olvido,
lo mismo que los hombres, las mujeres?...
Si olvidan, como yo los demás seres,
este mundo, lector, está perdido.

VII

Después quiso el destino
que, por un claro enorme que tenía
aquel vallado pérfido de espino,
se asomase una faz que parecía
conservada en espíritu de vino;
y era la cara extraña
de la madre dichosa de la inglesa,

que á aquel sol, que es igual al sol de España,
tomaba la apariencia de la araña,
pronta siempre á caer sobre su presa
y que, creyendo un crimen descubierto,
me parecía con la boca abierta
la hiena que olfatea carne muerta
en el viento que sopla del Desierto;
mas la joven, prudente,
fingió serenidad con tanta gracia
ante el horror de la acritud materna,
que me hizo ver que, cuando se ama y siente,
en materias de amor y diplomacia
cualquiera niña es la *mujer eterna.*

VIII

Mientras la madre á su malicia atenta
me echaba unas miradas de soslayo,
miradas mitad sal, mitad pimienta,
la niña, traspasada,
como quien siente el látigo de un rayo,
se volvió del jardín hacia la entrada,
velados de estupor sus ojos bellos,
roja la frente, pálida la boca,
y además llenos de heno los cabellos,
aunque no, como Ofelia, por ser loca;
y mirándonos fuimos á hurtadillas,
cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,

nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,
un coche empavesado de sombrillas...
Y en tanto que en la eléctrica corriente
de sus calores vírgenes me ahogaba,
besaba con mis ojos santamente
á la niña gentil, que se llamaba...
¡Oh malhadado olvido!
Para sacar del fondo de mi historia
su nombre en mis entrañas escondido,
en vano reavivando mi memoria,
con mi tambor, por la metralla herido,
toco llamada á mi perdida gloria.

IX

Y cuando el hado adverso
me arrebató hacia España al otro día,
lo mismo que Rousseau, cuando sentía,
me ahogaba en la extensión del universo.
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!
Aunque olvidé su nombre,
de pensar si habrá amado á algún otro hombre,
casi frunzo las cejas como Otelo.
¿Se habrá casado? ¡Oh pensamiento horrible!
¡Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible;
¡Los niños muy precoces viven poco!

X

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
de aquella imagen de serena frente,
con uno de esos rostros candorosos
que hacen pecar á un hombre mortalmente?
¿Acaso en este crítico momento
mandará un regimiento
de héroes futuros, cual su madre hermosos,
como una valerosa coronela,
sorda al ruido del fuego y de las balas?
Y como el tiempo vuela,
¿formará entre las viejas generalas?
¡Generalas!... Esto es, ¿será ya abuela?
¿Será abuela la niña encantadora
que... (esperad que me acuerde) se llamaba...
¡diera un millón por recordar ahora
su nombre... que acababa... que acababa...
no sé bien si era en *ira* ó si era en *ora*!

XI

Estoy desesperado
al ver cuanta lectora,
viendo mi olvido, exclamará:—¡Malvado!
¡Malvado! Sí, señora;
pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
Mas, ¿seré el primer hombre
que se olvidó de una mujer querida?

¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre
es la eterna vergüenza de mi vida.
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!
¡Que me arranque á puñados el cabello!
¡Soy un infame, sí, soy un infame!
¡Ahórcame, lectora, he aquí mi cuello!

XII

Mas si he de ser ahorcado
por alguna mujer que, consecuente,
el nombre de un amor no haya olvidado,
entonces, confiado,
aun pudiera vivir eternamente.
Pero quiero morir, ¡oh rabia! ¡Oh mengua!
¡No hay tormento más grande para un hombre
que el no poder articular un nombre
que se tiene en la punta de la lengua!
¡Oh, tú, mi antiguo fiador, el viento!
di á todos, pues lo sabes,
cuantas veces mi amor de pensamiento
le remitió memorias por las aves.
Recuérdale á mi oído,
canoro ruiseñor de la enramada,
el mágico sonido
de aquel nombre olvidado, aunque querido...
¿Era Sara?... ¿Era Emma?... Nada, nada,
¡no sale, aunque lo tengo aquí escondido!

CÓMO REZAN LAS SOLTERAS

POEMA EN UN CANTO

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Peristilo de un templo.—A la izquierda del espectador, la escalinata.—A la derecha, la puerta que da entrada á la iglesia.—Personas de diferentes sexos y edades se agrupan á esta puerta para oir misa.—Durante el oficio divino se estará oyendo un armonium.

I

(Petra cogiendo una silla.)

Voy á rezar sentada, porque creo
que de no usar bien cómoda las sillas
se me ha formado un callo en las rodillas,
que será bueno y santo, pero es feo.
Y así despacio, porque estoy de prisa,
veré si llega Pablo;
y en esta posición, oyendo misa,
tendré un oído en Dios y otro en el diablo.

II

Petra, comienza tu oración del día:
Padre nuestro que estás.. (Distraída) Estoy furiosa
de no ser pronto esposa...
¡Si en vez de madre acabaré yo en tía!
No, no soy fea; y para el mundo entero
no tienen más que este uso las hermosas.
Me casaré, ¿no he de casarme? Pero...
¡Dios tarda tanto en arreglar las cosas!...
Estaba... ¿Dónde estaba?...
Creo que ya llegaba
á los cielos, esto es, á mi elemento,
porque dicen las viejas
que, como es sacramento,
cae siempre del cielo el casamiento...
Todo cae del cielo... ¡hasta las tejas!

III

Santificá... Santificá... ¡Dios mío!
Oigo un rumor extraño...
¿Será él? Voy á ver.

(Dirigiéndose á la puerta de salida y dejando caer al descuido el abanico, el rosario, etc.)

¡Qué desengaño!
No es su yegua, es el mulo de su tío,

Un tío que es un hombre atrabiliario,
que llama estar muy malo á ser muy viejo,
que al que le pide un real le da un consejo.
¡Qué inmortal es un tío millonario!
No viene, y yo deseo hacer alarde
de lo mucho que sufro con su ausencia,
y darle rienda suelta en su presencia
á un gran suspiro que empecé ayer tarde.
¡Nadie! No llega. Mi esperanza es vana.
Ni un pájaro interrumpe con su vuelo
esa línea lejana
en que se une la tierra con el cielo.

IV

(Se vuelve á su asiento.)

Volvamos á la mística tarea:
Santificado sea...
Pero antes de seguir mis oraciones,
quisiera yo saber por qué razones
de su casa á la mía, escalonadas,
el Dios de las alturas
de vïudas, solteras y casadas,
tendió una vía láctea de hermosuras.
O tiene hoy pies de plomo,
ó Pablo está de broma.
En viendo una paloma
se vuelve un gavilán siendo un palomo.

¿Habrá visto á Paulina,
la púdica sobrina
del deán de Sigüenza?
Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto,
ya á preferir comienza
la milicia del rey á la de Cristo.
Tiene, además de un rostro peregrino,
un pelo de oro fino;
y cuando Dios reparte
á una mujer ese color divino,
le hace un sér doblemente femenino.
¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
y se encuentra una rubia en el camino!...
Se me está figurando
que estoy rezando mal como cualquiera.
¿Estaré yo pecando?
De ninguna manera.
Mis tiernas distracciones no son raras.
Y en materia de amores,
saben los confesores
que la moral suele tener dos caras.

V

A Pablo con el aire de la ausencia
se le constipa el alma con frecuencia,
y me causan cuidados
mujeres tan expertas,

porque entre ellas, mejor que entre las puertas,
suele haber en amor aires colados.
¿Estará con Vicenta, esa vïuda
que él dice; ¡el embustero! que desprecia?
Pero, ¿podrá engañarle? ¿Quién lo duda?
No hay sabio á quien no engañe cualquier necia.
Mas ¿cómo ha de engañar esa Vicenta
de tan pérfidos tratos
á un hombre tan sutil que, según cuenta,
estudia á las mujeres en los gatos?
Venga á nos... ¡Qué sospecha impertinente!
Quisiera continuar mis oraciones,
mas no puede apartarse de mi mente
la vïuda que aspira á reincidente,
con más hambre de amor que diez leones.
¿Y él? ¿Y él? Con los del cielo equiparados
las mujeres son ángeles menores.
En cambio, con nosotras comparados,
los hombres no son malos, son peores.

VI

Venga á nos... ¿Si estará con Nicolasa,
que llama amor á amar á su manera..?
¿Que no la ama ni el perro de su casa,
pues tiene peor sombra que la higuera?
¡Horror! Esa casada arrepentida
que hunde el globo terráqueo con su peso

y que está ya en sazón para comida,
pues tiene mucha carne y poco hueso,
dice que en su inocencia
se equivocó de esposo;
y añade, como ley de experiencia,
que todo el que se casa se equivoca.
Y, aunque aún existe su difunto esposo,
con cara de canónigo dichoso,
todo cuanto sostiene
lo jura por el alma de su esposa...
Sin duda no le importa una gran cosa
que el alma de su esposa se condene.
¡Amar á una casada! Cree mi tía
que eso es común hoy día.
¡Esos hombres traidores
nunca quieren tener en sus amores
ni registro civil ni vicaría!
¡Amar á una casada! Vamos, vamos,
si á mí me diera San Miguel, su espada,
ya estaría á estas horas traspasada...

(Rezando.)

Así como nosotros perdonamos...

VII

Ese hombre se ha dormido,
y yo tengo entretanto
la sangre hecha un vinagre enrojecido
¡Cuán maldita es mi suerte!...

(*Suena dentro la campanilla.*)

(*Dándose golpes de pecho.*) *¡Santo! ¡Santo!*
Como estoy tan de prisa
sigo haciendo del rezo un embolismo.
¿Quién podría creer que estoy en misa
rezando y maldiciendo á un tiempo mismo?
Mas ¿no he de maldecirlas? Abomino
á las viudas, casadas y solteras
que salen á un camino
haciendo eses de amor con las caderas,
y luego dan posada al peregrino,
metidas por bondad á posaderas.

(*Se oye la Marcha Real en la iglesia y el trote de un caballo en la calle.*)

¡Qué rumor! ¡Qué rumor! Se me figura...
No parece sino que lo hace el diablo.
No hay duda, pasa Pablo,
ahora que va á alzar el señor cura.
Me voy; si ofendo al cielo,
le pediré mañana mil perdones.

¿Dónde están mi abanico y mi pañuelo,
mi rosario y mi libro de oraciones?...
¡Están, como la tropa en las acciones,
cubriendo de cadáveres el suelo!
Diré que los recoja al monaguillo
que todas las mañanas
más bien que por demócrata, por pillo,
toca el himno de Riego en las campanas.

(*Habla con un monaguillo, que, haciéndose cruces, va recogiendo los objetos nombrados.*)

Voy, voy. Con estas idas y venidas
me expongo á no llegar antes que pase...

(*Arrodillándose frente á la puerta de la iglesia.*)

¡Señor! ¡Señor! Después que yo me case,—
¡Qué misas he de oir tan bien oídas!...

(*Vase Petra por la izquierda.*)

(*El telón cae al son de la Marcha Rèal tocada en el armonium.*

LA LIRA ROTA

POEMA EN UN CANTO

A mi buena amiga Anita Canalejas y Morayta.

> Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de ti mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningún remedio ni consuelo.
>
> *Kempis*, lib. II, cap. XII.

I

Era Ginés Briones
un amante de Euterpe y de Talía,
que cantaba canciones
de un subido color que él no entendía.
Con la fe de un artista verdadero
entró á servir á un músico de orquesta,
al cual, con todo esmero,
en los días de fiesta
le limpiaba el trombón con un plumero.

Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;
y llegando á ser luego
lazarillo de ciego,
le dió un duro una vez cierto inglés loco,
y al fin, de muchos tratos y contratos,
compró el ex-monaguillo,
á un quinto aragonés, un guitarrillo
por diez reales, un pan y unos zapatos.

II

Dueño ya del endeble guitarrillo,
coleccionó las coplas que sabía,
y remedando al ciego, el lazarillo
pudo ascender á ciego que veía.
Y cierto el rapazuelo de que encanta
con las coplas que inventa,
aunque á las viejas pérfidas espanta
por no saber á veces darse cuenta
de la sal y pimienta
que tienen las canciones que les canta,
punteando por las calles de la villa,
con aires de buen mozo provinciano,
era el niño Ginés, el sevillano,
un pequeño barbero de Sevilla.

III

Nació en la tierra del amor emporio,
patria del gran Tenorio,
de quien dicen que un día,
para aliviar sus penas,
mandó hacer de las rubias que quería
una manta de rizos, que tendía
sobre un colchón de bucles de morena;
y alumno fiel de su inmortal paisano,
Ginés el Sevillano,
siendo un tipo acabado de inocencia,
en los doce ó trece años que tenía
ya era un sér tan precoz, que parecía
que contaba catorce de experiencia,
pues, haciéndose el loco,
y así como al descuido,
para hablar á las niñas al oído
se acercaba lo justo y otro poco.

IV

Y su genio era tal, que es muy posible
que fuese un día un músico perfecto,
á no tener ese vulgar defecto
de abusar del bordón en lo sensible,
pues, agudo y flexible,

en los muchos cantares
que solía inventar, ó que aprendía,
cantaba alegremente sus pesares;
y otras veces, uniendo con destreza
la pena y la alegría,
como buen andaluz, también sabía
cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
sabiendo ya que el suspirar consuela,
fiel de don Juan á la amorosa escuela,
tenía Ginesillo el bello antojo
de alabar en sus coplas inocentes
diez rubias de diez rubios diferentes,
desde el rubio castaño al rubio rojo;
y como era tan pobre ó más que Homero,
de estas diez parroquianas que tenía
el músico y poeta callejero,
en premio de sus coplas, recibía
ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V

Cantaba el niño una canción un día
á la divina Clara,
una rubia preciosa que tenía
el corazón más bello que la cara;
y mientras él la copla repetía

alegre como un loco,
la niña el canto oía
distraída, arrancando poco
las hojas de una flor que se comía.
¡Distracción natural! pues siempre encantan
esos tonos süaves,
tan llenos de ternura,
del género melódico en que cantan
los hombres sin ventura,
las mujeres, los niños y las aves.

VI

En tanto que él cantaba,
puesta al balcón la joven hechicera,
en un fondo de luz se destacaba,
y Ginés, que, cantando, suspiraba,
no sabía siquiera
la canción que entonaba,
admirado de ver que la niña era
lo más bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
mientras él siempre vivo, y siempre amando,
esta tierna canción sigue entonando,
ella, mucho más viva,
se parece á Rosina contemplando
á un esbozo del Conde de Almaviva:

«Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.»

VII

¡Oh, extrañas peripecias de la vida!
escuchando al cantor, agradecida
Clara un suspiro de placer exhala,
y de gozo aturdida,
una gruesa moneda le regala,
que arroja del balcón, con tal mal arte,
que la moneda *¡chas!* como una bala
la guitarra pasó de parte á parte.
A este horror, el poeta callejero
creyó que en un abismo
sus pies se hundían, y al tiempo mismo
caía roto el universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
que no se hundió bajo los pies el suelo,
y que, á pesar de su guitarra rota,
no se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII

Al rumor del fracaso, en un momento,
se vió la calle de curiosos llena:
la moneda al caer la hurtó un hambriento,
y uniendo el buen humor al sentimiento,
en tanto que Ginés muere de pena,
el público le silba de contento.
¡Oh, ruin placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oía,
y altivo, aunque un poquito cabizbajo.
las cejas con la gorra se cubría;
y echando calle abajo, calle abajo,
con ganas de llorar se sonreía,
mientras que tristemente
aquella pobre Clara que, inocente,
por hacer un favor mató un destino,
con el mudo terror de un asesino
se espantó de manera
que, de haber sido buena, arrepentida,
dejó el balcón, cerrando la vidriera,
más pálida que Bruto el parricida.

X

Así, con vario estruendo,
se fueron dispersando;
el público, riendo;
el trovador, gimiendo,
y la hermosura del balcón, llorando.

XI

Aunque en su erguido talle
aún mostraba el orgullo de un Tenorio,
Ginés dobló la esquina de una calle
para huir de las burlas de las gentes,
pues en el gran Madrid, como es notorio,
una esquina es un cabo ó promontorio
que divide dos mares diferentes.
Detuvo, allí sus vacilantes pasos
y pensó en su destino venidero
dos minutos escasos,
dos minutos, esto es, un siglo entero;
y al verse sin industria y sin dinero,
lloró, como lo que era, como un niño;
y volviendo hacia el cielo la mirada,
ya olvidando la silba y la moneda,
tan sólo recordó su alma angustiada

de su madre el cariño
y el amor de su patria abandonada.
¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo y en la tierra nada!

XII

Y salió de Madrid. Y con denuedo
el roto guitarrillo lanzó al río
desde lo alto del puente de Toledo;
y arrostrando con brío
la soledad y el miedo,
la sed y el hambre, y el calor y el frío,
se fué á Sevilla á pie como un cualquiera,
pues, no teniendo un real su faltriquera,
claramente discurro,
que no iría á su patria, aunque quisiera,
como el rey de Ivetot, montado en burro.
Y así, marchando hacia el paterno suelo,
todos los males de la vida prueba,
sin que le guarde del rigor del hielo
la chaqueta prehistórica que lleva.
chaqueta que su madre le hizo nueva
de un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue Ginés, camina resignado,
y rinde al peso del dolor tus bríos!

Para vencer todo el rigor del hado,
¿qué valen tus esfuerzos ni los míos,
cuando un grano de arena, atravesado,
puede torcer el curso de los ríos?

XIII

¡Con cuánto desaliento
á su patria volvía
el que en algún momento,
cuando el redoble del tambor oía,
soñaba en su ilusión, que llegaría
á músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuanta agonía,
el que aspiró á ser dios de la armonía,
renuncia ya á la necia vanagloria
de pensar que algún día
le nombrarán los fastos de la Historia!
¡El pobre no sabía
que, al revés de ese sol del Mediodía,
el gran sol de la gloria
quema de lejos y de cerca enfría!

XIV

Como nadie le daba
los dulces y el dinero que ganaba
cuando echaba sus coplas á las niñas,
en Castilla y la Mancha merodeaba
comiéndose las uvas que pillaba
á espaldas de los guardas de las viñas.
Cuántos seres sentían ó pensaban,
y sus viles harapos contemplaban,
contra él inicuos su furor volvían;
los niños le silbaban,
los viejos se reían,
los perros, que antes sólo le ladraban,
ya al pasar por las eras, le mordían.
¡Confiesa, Ana, que aterra,
al ver á un niño en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?

XV

Y en el supremo día
en que el suelo feraz de Andalucía
á contemplar volvió por vez primera,
se sintió tan feliz, que de alegría

el joven trovador se comería
una hogaza de pan si la tuviera:
Pero á falta de pan, el pobrecito,
merodeando también como en Castilla,
comía, cual si fuesen pan bendito,
en Córdoba cogollos de palmito,
é higos chumbos bajando hacia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
— ¡Sevilla, patria mía!
Pero apenas había
en el recinto de Sevilla entrado,
cuando Ginés, exánime y gozoso,
se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
ese artista ambicioso
que pretendía amar y ser amado,
tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI

Llevado al hospital, y satisfecho
cual Nerón moribundo,
pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
«¡qué gran músico en mí se pierde el mundo!»
y en la cama *ciento once* abandonado,
puesto á dieta, aunque hambriento,
se murió dulcemente y resignado

lo mismo que un pichón sin alimento;
y después de una autopsia inoportuna
que se le hizo á Ginés el sevillano,
declaró á un cirujano
que se murió sin novedad alguna.
Y al difunto *ciento once*, al otro día,
sin inquirir el nombre que tendría,
las entrañas abiertas le juntaron,
y envuelto en los andrajos que traía
por quitarle de en medio, le enterraron!
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
Y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
después, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII

—Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva—.
Para él ¿dónde está Dios sublime y tierno?
Ese, hija mía, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno!
Y vive convencida
de que si ha puesto su paciencia á prueba,
tendrá la recompensa merecida,
y que al pobre Ginés en la otra vida
le ha de dar Dios una guitarra nueva.

Modera tu aflicción, y ten presente
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
que no suele hacer Dios lo que consiente,
y que es común, desventuradamente,
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
más que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
y yo, ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay... ¡así es el cielo!...

POR DONDE VIENE LA MUERTE

POEMA EN UN CANTO

A mi muy querida amiga Eugenia Mac-Crohon y Barutell.

I

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento
¡gloria de los Mac-Crohones!
Era, cual tú, la Eugenia de mi cuento
una enferma incurable de ilusiones.
Retrato verdadero
de tu rostro hechicero,
mostraba, como tú, con mezcla rara,
la realidad de lo ideal su cara,
lo ideal de lo real su cuerpo entero.
Hermosa niña que también tenía
ojos azules irisados de oro,
que juntando al talento la alegría,
añadía un tesoro á otro tesoro.

Modelo de esos seres ideales
que abrigan en su propio pensamiento
tal horror por las cosas materiales,
que tienen que bajar del firmamento
para poder hablar con los mortales.
Raza privilegiada
de castas soñadoras
á quienes nunca afligen
de la vida mortal las tristes horas,
pues su dicha es soñada,
y en el sueño que eligen
siempre hallan el amor que les agrada.
¡Gloria eterna á ese ejército divino
de grandes jugadores de ilusiones,
que, exponiendo á menudo su destino
á la carta ideal de sus visiones,
alcanzan siempre en su pasión fingida
una dicha infalible,
pues si abruma lo real en esta vida,
lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II

El padre de esta niña, el sabio Prieto,
doctor en medicina y cirugía,
amante de lo real, y que discreto,
como aconseja Horacio, «coge el día»,

cree que el alma, si existe, está vencida
por la ley de las fuerzas naturales,
y que no hay más criterios en la vida
que los cinco sentidos corporales,
que el contento moral, más que un contento,
es de la pobre Humanidad martirio,
y que el alma es el sueño de un delirio,
y el fruto de este sueño el pensamiento.
Es claro que al decir, que es nuestra mente
la fuerza de la vida, transformada,
cree en muy poco, ó más bien, cree solamente
en el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada.
Teniendo por sistema
dudar de Dios, creyendo en sus hechuras,
jamás le atormentaba el gran problema
de que hay un Criador, si hay criaturas.
Sienta el doctor por única certeza,
que el hecho es la razón de las razones;
y á abrigar ilusiones
le llama tener aire en la cabeza;
y juzgándose un sabio muy profundo,
con sonrisa altanera,
como todos los fatuos de este mundo,
él se alaba, y no poco,
de no tener un átomo siquiera
de poeta, de músico, ni loco,
y como es tan astuto el matasanos,
todo el arte de Hipócrates lo encierra

en jurar por los ídolos paganos,
que, exceptuando en los trances de la guerra,
para llegar la muerte á los humanos,
no tiene más caminos en la tierra
que el frío y la humedad de los pantanos.
Y por eso á la niña, á la que quiere
con sin igual terneza,
seguro de que el hombre sólo muere
cuando el desorden hiere
de los sentidos la exterior corteza,
le dice sonriendo de esta suerte:
—«De la callada Parca el paso quedo
no vendrá á sorprenderte;
no tengas, hija mía, ningún miedo:
yo sé por dónde ha de venir la muerte.»

III

Como nunca ha llenado su cabeza
la ilusión de un amante desvarío,
no conoce del padre la agudeza
que así como la gran Naturaleza
tiene horror el espíritu al vacío;
y aunque ve que en la edad de los amores,
Eugenia sólo busca con anhelo
los pájaros, las luces y las flores,
lo que recuerda y lo que lleva al cielo,

con mengua del honor de los doctores,
no advierte el sabio Prieto
que la niña se entrega
á penas y á alegrías sin objeto.
Mas ¿de estas impaciencias el secreto
cuál puede ser? La pubertad que llega.
Y es que al lucir la nítida alborada
del sol de la existencia,
celebran los sentidos la llegada
de cosas que aún ignora la inocencia,
pues á este sol, con poderoso anhelo,
llenando lo invisible y lo invisible,
circula ardiente de la tierra al cielo
la savia de un amor irresistible;
y siendo esta la clave
de su feliz tormento,
ya de Eugenia el divino pensamiento
desea alguna cosa. ¿Y cuál? No sabe.
Sólo ve que pensando y más pensando,
ya en sér, su pensamiento convertido,
sale al fin de su cuerpo adormecido,
la mariposa del amor volando.

IV

Y ¿que sér ha inspirado
el fuego que de Eugenia el pecho inflama?
Lo ignoro. Algún ensueño acariciado.
Más que en el sér amado,
la causa del amor está en el que ama.

V

Siente Eugenia impaciencias sin objeto;
mas no quiere estudiar el doctor Prieto
el gran misterio que su pecho encierra,
pues, como hombre discreto,
cree que toda mujer tiene un secreto
que nada importa al cielo y á la tierra.
Y no ve, que en su estado visionario,
Eugenia, en la región del firmamento,
da citas en un parque imaginario
á un novio que creó su pensamiento.
¿Quién detener podría la corriente
de ideas hechiceras
que brotan de la frente
de una mujer que en su exaltada mente
conduce diez legiones de quimeras?
Hay seres en amar de tal constancia
y de alma tan ardiente y abstraída,

que sacan de sí propios la sustancia
con que tejen la tela de su vida.
Así Eugenia, soñando y más soñando,
de hablar tanto con ellas
fué creando, creando,
un lenguaje especial con las estrellas;
y de mirar la joven extasiada
á la celeste esfera,
como era de esperar, quedó extenuada...
Mas la niña hechicera,
por su padre adorada
¿qué tiene enfermo? Nada:
el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!

VI

Siendo el doctor de lo ideal ateo,
de su ciencia seguro,
no cree, como yo creo,
que un amor en estado de deseo
es tanto más vivaz cuanto es más puro.
Y, en cambio, si veía
que alguna hermosa joven se moría,
por tomar en las noches el rocío:
—Abrígate—á su hija le decía—,
que ayer mató á una niña un aire frío;
y, con ansias de padre verdaderas,

ponía el algodón de sus cuidados
en todas las rendijas y vidrieras,
arriba, abajo, enfrente y á los lados;
y con tan nimio esmero,
todo frío exterior interceptaba,
que en el cuarto de Eugenia, cuando helaba,
podría cocer pan un panadero:
y, cual siempre pagado
de su feliz agüero
le decía á su hija confiado:
—No tengo ningún miedo de perderte;
tú fía en mi cuidado,
que sé por dónde ha de venir la muerte.

VII

Mas lo triste es que un día,
nuestra Eugenia, del sueño en que dormía,
inquieta despertó de tal manera,
que su alma empezó á amar como debía
y su cuerpo á sentir como lo que era.
y Eugenia sin amante, ¿á quién amaba?
Al amor ¡qué se yo! misterios de ellas.
El caso es que aquel tipo que adoraba,
¡oh fuerza de los sueños!, habitaba
muy cerca... más allá de las estrellas.
Y es natural: un alma cuando es pura
y vive en un estado visionario,

como no tiene objeto su ternura
lo aplica, ¿á quién?, á un sér imaginario.
Lo cual prueba, lectores,
que, gracias á estos púdicos amores,
para eterno consuelo,
mientras haya mujeres y dolores
será en la tierra una esperanza el cielo.

VIII

Pero, á su ciencia natural atento,
ni aún viendo cómo mata el sentimiento,
nuestro Galeno advierte
que alguna vez puede llegar la muerte
envuelta en un amante pensamiento.
Y como es una fruta la experiencia
que, ó está sin madurar, ó está podrida,
apelando el doctor á su conciencia,
recuerda que en la edad de los placeres
se murieron por él muchas mujeres
que vivieron después toda su vida;
y aunque no se creía
ni músico, ni loco, ni poeta,
como él amaba un poco todavía
á una enorme coqueta,
especie de animal de sangre fría,
y al deducir, por la doctrina impura
de sus principios de malicia llenos,

que muchos platonismos de ternura
no acaban en Platón, ni mucho menos,
por si causar podría
de Eugenia los pesares,
á un primo, casi lelo, que tenía
le desterró el doctor de sus hogares;
pues, con ser tan notorio, no sabía
que inspira todo primo una gran llama,
ó, como este de Eugenia, un gran desprecio;
y que un primo es un dios cuando se le ama,
pero un primo no amado es siempre un necio.

IX

Y sin darse un momento de reposo,
unas veces honrosas y otras viles,
el doctor, como un viejo receloso,
tomaba precauciones infantiles.
Y como ya es sabido
que un padre es aún más tonto que un marido,
con general sorpresa
le echó un traje á una estatua de Cupido
que estaba sin vestir sobre una mesa;
y les dió libertad á dos jilgueros,
por si de ella los ojos hechiceros
ya deleites secretos presagiaban
al mirar, en los ratos placenteros,
el por qué, cómo y cuándo se besaban.

Inútil precaución que iba agrandando
de Eugenia los fantásticos amores,
pues, conforme á sus ojos soñadores
se iba el espacio de su amor cerrando,
su puro corazón fué desplegando
inmensas perspectivas interiores;
así es que amando con leal vehemencia
la dulce creación de su existencia,
la hermosa Eugenia hacia la muerte avanza
con un amor igual á su esperanza
y una constancia igual á su paciencia.

X

Y ¿el doctor? Con un juicio algo tardío,
pensando un día, por su buena suerte,
que es un error tan necio como impío
el que son siempre la humedad y el frío
las anchas carreteras de la muerte.
—¿Por qué esta niña— el triste se decía—
con cara de sonámbula risueña,
ayer y hoy, por la noche y por el día,
esté despierta ó duerma, siempre sueña?
¿Por qué en labios tan bellos,
sin dejar de ser puros,
ya parece que en ellos
palpitan á granel besos futuros?
¡Desdichado doctor! ¡Siendo tan diestro,

y teniendo además tanta experiencia,
no sabe que el querer es una ciencia
que todos aprendemos sin maestro;
y que, al cerrar con diligencia vana
por la noche la puerta á los amores
entran por la ventana
enjambres de fantasmas seductores
que dispersa la luz de la mañana!

XI

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera,
nota el doctor cuán presto
lleva á Eugenia hacia un término funesto
la casta consunción de una quimera,
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
que es la niña adorable
una enferma incurable
del santo malestar de la esperanza.
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores seres,
fuentes de bien, refugios de consuelo!
¡Los ángeles amasan en el cielo
la pasta con que se hacen las mujeres!

XII

Así hacia un fin cercano
corría con el aire más risueño
la que en las nubes dió su blanca mano
á un cierto prometido de un ensueño.
Y entretanto que Eugenia se moría,
nuestro doctor, ¿qué hacía?
Disparatar el pobre como un loco;
por lo cual no veía
que la muerte venía poco á poco.
¿Por dónde? No lo sé; pero venía.
¡Siempre fué así; yo sé por mis lecciones,
de realidad y de experiencia llenas,
que, mejor que las penas
matan las ilusiones,
pues he visto á docenas,
ó más bien á docenas de millones,
lindas cabezas rubias y morenas
morir de apoplejías de visiones!

XIII

Y una vez que en la faz desencajada
de Eugenia moribunda
el candor hizo franca la mirada,
así como el amor la hizo profunda,

y cuando ya entreabiertos se teñían
de azul los labios rojos,
y muriendo parece que tenían
doble vida las niñas de sus ojos,
convencido el doctor de su torpeza,
parecía, mirándola afligido,
un náufrago que saca la cabeza
desde el fondo del mar donde ha caído.

XIV

Y cuando ya el doctor no está seguro
si es la niña á quien vela
un espíritu puro
que pronto va á volar, si ya no vuela,
á Eugenia una mañana contemplando
con la pasión más tierna,
vió que se iba en sus ojos condensando
la negra sombra de la noche eterna;
y ante ella sus errores abjurando,
lo mismo que á la imagen de una santa,
le dió un beso en la frente de rodillas,
dos en los ojos, dos en las mejillas,
y otro y otro hasta diez, en la garganta.
Y en el instante mismo en que, embebida
á una cadena de ángeles asida,
Eugenia con el aire más risueño
ya iba á seguir los sueños de su vida

á las mansiones del eterno sueño,
el doctor, tristemente,
con la voz de una tórtola que gime,
le decía á la niña, en cuya frente
dejó la muerte un estupor sublime:
—¡Ten por Dios! ¡Ten por Dios, ídolo mío,
quieta la mente, el corazón en calma!
No matan sólo la humedad y el frío;
¡viene también la muerte por el alma!

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina la señora doña Elvira Irulegui de García Caballero.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es, porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR.

CANTO PRIMERO

ESCRIBIRÉ MAÑANA

I

Del mar junto á la orilla
está Vega, lugar, que, aunque pequeño
para ser una villa,
casi es un Londres para ser aldea;
y allí vive, en el punto más risueño,
tejiendo y destejiendo, Dorotea,
la tela de Penélope de un sueño.

¡Pobre niña, que aún vive
con la fe de esas almas tan honradas
que creen que las promesas son sagradas
y un ángel en el cielo las escribe!

II

¡No lo extrañéis espíritus amantes
si véis que el autor llora
al recordar ahora
memorias que no tienen semejantes!
¡Nos dicen, ¡ay!, que el tiempo y la distancia
sofocan los recuerdos de la infancia!...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto lector lo que te digo,
que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

III

Nuestra bella heroína
cumplía quince abriles aquel año,
y, lo que es increíble por lo extraño,
se murió, sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
aunque ya soy tan viejo,
que con aire modesto y distraído
se peinase de espaldas al espejo;
y eso que era envidiada

por todas las muchachas casaderas
cuando admirablente despeinada,
llevaba, entre ondas de oro sepultada,
cubiertas con el pelo las caderas.

IV

Creía mucho en Dios, y hasta creía,
como todas las almas candorosas,
que Dios suele matar por muchas cosas
por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
honraba de sus padres la nobleza,
teniendo una belleza incomparable
y un alma superior á su belleza,
y pura, como el día
que recibió las aguas del bautismo,
no entendía el misterio de los nombres
de esas cosas, que habla el catecismo
que una joven llamó «pecados de hombres»

V

Nuestra hermosa de Vega
á Justo amó, pero le amó tan ciega,
que ajena de dobleces y de engaños,
en todos sus quince años
no pensó ni un momento
que es una gran locura,

que nunca tiene en las mujeres cura,
eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio
todos, todos, de Justo aseguraban
que ya empezaba *á aborrecer el vicio.*
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
amaba la moral que profesaban
como buenos y cómodos varones
los Horacios, los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido,
y seguía las huellas
de esos nobles bribones
que hablan mal y desprecian sus pasiones
y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI

Pero Justo ¿qué hacía
que prometió escribir á Dorotea
y la carta aguardada no venía?
¿Qué hacía?—Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
se iba el tiempo marchando y no volvía,
y de ese modo Justo y Dorotea,
mientras ella esperaba, él no escribía,
pues, aunque en ansia de escribir ardía,
en su alma, entre española y mahometana,

pudo más la pereza que la gana,
y así pasaba un día y otro dia
diciendo siempre: —Escribiré mañana.

VII

Y ¿qué hombre, menos él, no hubiera escrito
á aquel sér adorable y no adorado,
viendo en sus ojos el color sagrado
del violeta azul de lo infinito?...

VIII

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
tomó un día la pluma...
y después de tomada...
decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
se fué pasando una semana entera:
Lunes, me siento enfermo.
Martes, ¡es tan mal día!
Ya es *miércoles*. ¡Qué sol! La tarde es fría.
Jueves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viernes* me da susto;
será mucho mejor, á fe de Justo,
que mañana que es *sábado* la escriba,
y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
cuando el domingo llega,

mientras él con la calma que tenía,
—Mañana escribiré – se repetía,
en el puerto de Vega,
ya presa de mortal melancolía,
ella decía:—¡Escribirá mañana!

IX

Ya un día entusiasmado,
al papel y al tintero se abalanza,
mostrando en su semblante alborozado
la alegre animación de la esperanza;
y – ¡oh Dios cuánto la adoro!—
decía enamorado...
Y ¿escribió? No señor ¿Por qué? lo ignoro;
mas no falta quien crea
que no escribió á la pobre Dorotea
la carta deseada,
porque, ¡oh maldad del corazón humano!,
el día aquel se lo estorbó la mano
de una cierta coqueta retirada.

X

Otra vez, que exaltado y medio loco,
quiso escribir (pero ¿escribió?, tampoco),
como un niño pequeño
se echó enfadado y se durmió tranquilo;
que es el cansancio material un hilo
que tira de nosotros hacia el sueño;

y como á los veinte años que tenía,
el dormir bien no es una cosa rara,
ya á más de la mitad del otro día
dijo, brillando en su apacible cara
la risa del candor que en Dios confía:
—Por voluntad del cielo soberana
mañana podré estar ó muerto ó vivo,
pero, lo que es mañana,
lo juro por mi honor, ó muero ó escribo.

XI

¡Siempre igual! Esperando la venida
del mañana maldito,
¡cuántas cartas, Dios mío, en esta vida,
debiéndose escribir no se han escrito!
¡Son tantas!... Pero ¡tantas...
las cartas, ¡ay!, que sin nacer murieron!
Y al mismo tiempo, ¡cuántas
sin deber ser escritas se escribieron!

CANTO SEGUNDO

MAÑANA ESCRIBIRÁ

I

Mientras él en Madrid, que es donde vive,
piensa sólo en la carta que no escribe,
ella, encerrada en Vega,
sólo espera la carta que no llega.

II

Tan eterna tardanza,
ya la inquieta de modo
que siente intermitencias de esperanza;
y cual la pobre gente
que es muy poco feliz y es inocente,
ya cree que el cielo se entremete en todo,
y que, probablemente
en castigo tal vez de algún deseo,
la mano del Señor secretamente
le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿qué cosa habrá por frívola que sea,
por la cual, imitando á Dorotea,
no hagan votos secretos las mujeres?

Por eso, uniendo á la bondad que tiene
la natural superstición del que ama,
si canta un gallo en el jardín, exclama:
—Esa es señal de que mañana viene.—
Para todas las luces y los ruidos,
sus ojos multiplica y sus oídos.
Oye un rumor, y dice:—Ese es el cartero;—
y llega á ser este héroe callejero
la más dulce, tal vez, de sus manías,
pues firme en el balcón como una roca,
abre al verle llegar todos los días,
el corazón, los ojos y la boca.

III

Tanto era lo que amaba,
que daba por muy justas y muy buenas
sus muchísimas penas
si la carta llegaba;
y darle prometió, si se casaba,
á San Antonio un ramo de azucenas.
¡Ay! La pobre ignoraba
que en materias de amor y matrimonio,
por muy triste que sea,
puede más que los santos el demonio...
Por eso no veía Dorotea
lo mal que se portaba San Antonio.

IV

Era tal la inocencia
que á su amorosa obcecación se unía,
que haciendo penitencia,
de rodillas y en cruz pasaba el día;
y acabando su historia
en la esperanza y la virtud cerrada,
más que en el mundo, al fin, pensó en la gloria,
siendo su fe tan pura y tan ardiente,
que se puso á pan y agua solamente
como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías
y dispuesta á hacer frente á los reveses
de tantos desengaños,
como dió fin un mes de treinta días,
un año se pasó de doce meses,
y pasaría un siglo de cien años,
siendo ya tan completo
su triste estado de ascetismo inerte,
que para ser de veras esqueleto
ya no faltaba allí más que la muerte.

V

Y como ella sabía
que se suele morir cuando amanece
(suspirando una tarde, en que parece
que da un adiós al sol, padre del día),

en su cara preciosa,
más bien que iluminada, luminosa,
mostrando la expresión de un grande espanto,
sacó del pecho, humedecido en llanto,
aquella llavecita sigilosa
que todas las mujeres guardan tanto,
llave de honor, bajo la cual había
dejado, á no dudarlo, bien cerradas
las cien contestaciones que tenía
á la carta no escrita preparadas.

VI

¡Cuántas madamas Sevignés habría
si saliesen á luz los borradores
de las cartas de amores
que en el seno del alma se conciben,
y se escriben después ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños,
que dan los hombres de malicia llenos,
matan todo los años
un millón de Eloisas por lo menos!

VII

Pues como antes decía
entre risueña y grave,
así le habló á una amiga que tenía:

—Si mañana me muero,
me esconderás aquí, junto á esta llave,
una carta que espero.
Y ya cumplido este deber postrero,
el más caro tal vez de sus deberes,
vuelve á guardar la llave
(que sólo Dios lo que encerraba sabe)
en aquel pecho hermoso,
ese rincón de cielo misterioso
donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria
y la carta esperada no venía,
—¡Cuánto siento—añadía—
morir sin aprenderla de memoria!
Y acabada esta frase,
sitiendo ya acercarse su agonía,
la carta que pensaba que llegase
la estrujó entre sus manos todo el día.

VIII

Mientras su alma enervando
se iba al calor de su divino fuego,
fué su cuerpo apagando
primero el hambre y la tristeza luego;
y de tal penitencia aniquilada,
como ni ver ni articular podía,
su voz en el silencio se perdía
al perderse en la sombra su mirada.

Presa ya de una angustia intermitente,
de una manera lúgubre tosía;
y como lentamente
se iba haciendo su tez más transparente,
su espíritu divino parecía
que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX

Hasta que al fin un día, un triste día,
la cabeza inclinando,
que una gorra de encajes envolvía,
sujeta por debajo de la barba,
se oye un tartamudeo de agonía:
con los dedos las sábanas escarba,
distribuye unos éxtasis, mirando
se cubre de una sombra su semblante,
y en su lucha tenaz de agonizante
vuelve á caer, y á alzarse y titubea;
la muerte se va y viene, y serpentea,
y hundiéndose de pronto su martirio
en la inmersión de un celestial delirio,
en el último instante de su vida
ve en un fondo de luz desconocida
lo que al morir, como al vivir, desea,
y es una carta, en su ilusión fingida,
en cuyo sobre dice: «A Dorotea».

X

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
el triste fin de la que fué su encanto,
sentía, como Dante, aquel deseo
de suspirar y de morir de llanto.
—¿Ha muerto?—el pobre Justo preguntaba
en el tono más alto del lirismo.
¡Qué desgracia!—exclamaba.—
¡Yo que la iba á escribir mañana mismo!

XI

Nunca escribió la carta deseada,
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,
ni ha sido más predicho,
ni Cristo fué tal vez, más deseado.
Por eso estaba loco ó casi loco,
mas ¿qué culpa tenía el inocente
si siempre, como á mí, le falta un poco
para ser diligente?
El caso es que lloraba sin consuelo,
porque era bueno, bueno, y, lo repito,
aunque nunca escribió ni hubiera escrito,
¡oh fiel imagen de las cartas mías!
Tan cierto es como Dios está en el cielo,
que, amándola infinito,
él pensaba escribir todos los días.

XII

Y era su pena tanta,
que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente,
después se echa á llorar amargamente
é implorando el auxilio de este modo
del Sér que en todas partes lo ve todo,
pidiéndole perdón por sus agravios,
en oración mental mueve los labios;
y hasta, en medio de un bíblico arrebato
casi escribir promete el insensato
aquella carta que quedó en idea,
cuando mira entre luz á Dorotea
que desde el cielo le decía:—¡Ingrato!

LOS AMORES DE UNA SANTA

POEMA EN CARTAS

CARTA PRIMERA

EL AUTOR Á FLORENTINA

El autor escribe á Florentina, á quien sacó de un convento por encargo de su familia, para que le dé noticias de una monja misteriosa, llamada Carmela del Castillo, la cual entre la Comunidad gozaba de opinión de santa.

I

Por esta que te escribo, Florentina,
verás que, fiel á mi galante historia,
no es tu nombre, como otros, una ruina
que en el polvo enterré de mi memoria.

II

¿Te acuerdas? Soy aquel que, si no miente
el cronicón de las memorias mías,
te amó, más bien ausente que presente,
una... dos... justamente...
te amó un año, dos meses y tres días.

¡Yo amar! ¡Yo amar! No sé cómo te diga
que aquel joven de ayer ya es un anciano
que para ir á buscar á alguna amiga
se apoya en la pared con una mano.
Y aunque echo mal la cuenta
de los años que escondo,
y después que he cumplido los sesenta
di una vuelta en redondo
volviéndome otra vez á los cuarenta,
es lo cierto que hoy día,
si he de hablarte en conciencia,
soy un viejo, muy viejo en la apariencia,
y en realidad más viejo todavía;
y del mundo aburrido,
al marcharme á morir en el olvido,
renuncié á los placeres,
del todo arrepentido
de haber siempre querido
con algo de mal fin á las mujeres.

III

Aún recuerdo la insólita ventura
del día en que al sacarte de clausura,
dejando mi virtud acrisolada,
te entregué á tus parientes bella y pura,
es decir, *sana*, *salva* y *perdonada*.
¡Con qué honradez y natural sosiego
te acompañé aquel día,

aunque era en Julio, y de emociones ciego,
al marchar junto á ti me parecía
un rescoldo la tierra, el aire, fuego!
Hoy de seguro causará tu espanto
el que un galán que te admiraba tanto
no te hablase de amor, ni mucho menos,
y eso que, al verte, pecaría un santo,
á no ser algún santo de los buenos.

IV

Ya sé que te han contado
que, en mis vicios constante,
como eterno estudiante
continúo obstinado
en buscar á la gloria un consonante,
procurando en mis versos, como Dante,
gustar á las mujeres del mercado;
y que, mal rimador y vil prosista,
por la bondad de mi feliz estrella,
aunque indocto humanista
siempre es el arte mi pasión más bella,
y eso que soy, como moderno artista,
un soldado de honor racionalista
que muere por la gloria y no cree en ella.
¡Si mientras voy con el mayor cuidado,
entre burlas y veras,
de mi antiguo tejado
tapando las goteras

con trozos del papel en que he trazado
las más santas quimeras,
de mis días risueños
va cortando las alas de los sueños
la maldita razón de sus tijeras.
Y por eso, ya incrédulo ó cansado,
para no ser ó preso ó excomulgado,
voy sorteando á la Iglesia y al Gobierno,
poniendo con cuidado
un pie en lo temporal y otro en lo eterno.

V

Mas, suponiéndote harta
de oir tanta miseria,
para acortar mi carta,
dejando todo exordio, entro en materia.
Después de tu salud, saber deseo
la historia de una Sor, que, según creo,
á un joven militar rico y honrado
le dejó tan plantado,
como yo, cuando vuelvo de paseo,
me dejo las acacias en el *prado!*
¿Cuál era el nombre de la monja aquella?
¿Era fea? ¿Era bella?
Quiero hacer un poema de su historia,
ya que hoy topé con el recuerdo de ella
en un viejo rincón de mi memoria.

En el solemne día
en que fuí á romper, con honra mía,
por orden de tus padres tu clausura,
cuando acaso envidiando tu ventura
todo un corro de monjas me veía
con esa candorosa bobería
con que contempla un aldeano á un cura,
—«¿Quién me daría un libro?» - de repente
grité al corro embobado y reverente.
Y una monja, cubierta con un velo,
solícita á mi anehelo,
—«¿De qué clase?»—me dijo cortésmente
con el aire triunfal de una romana.
—«La clase me es del todo indiferente
—me atreví á replicar—; pues solamente
suelo leer para dormirme, hermana».
Y al volver con dos tomos en la mano,
me dijo, hecha una sabia, de este modo:
—«¿Queréis un libro místico ó profano?»
—«Me es igual»—contesté,—«todo está en todo».
—«Pues, si todo está en todo, ahí va cualquiera» —
me replicó, arrojándome una guía
con la acre mansedumbre de una fiera.
Y al irme yo á quedar, mientras leía,
dormido como un santo de madera,
oí que te decía:
—«A ese ilustre jumento
que ha venido á sacarte del convento,

le son indiferentes, por lo visto,
el Angel sin igual de las Escuelas,
la *Imitación de Cristo,*
ó *el arte de tocar las castañuelas.* »

VI

¡Jumento! Fué muy justa su sentencia,
pues aunque yo, sin lágrimas lo lloro,
de moral y de ciencia
en la humana experiencia
hallé tan gran tesoro,
que será un pozo de virtud y ciencia
el que llegue á saber lo que yo ignoro.
Mas, respondiendo al juicio
que hizo de mí la Sor ultradengosa
con sus aires de reina en ejercicio,
hoy en verso y en prosa
le probaré que ella es, más que otra cosa,
una monja cansada de su oficio.
¡Ah, no! No es de un jumento la existencia
del que en larga, aunque estéril, enseñanza,
bebió el opio del arte y de la ciencia;
y que al fin, cada grano de experiencia
le ha costado cien onzas de esperanza
y además mil arrobas de paciencia.

VII

¡Adiós! ¡adiós! Y espero que me pruebes
que aún cuentas como amigo
á aquel bribón que cometió contigo
el cuerdo error de unas locuras breves;
el que tanto te quiere y te ha querido
que soñó una mañana
que se echaba por ti de una ventana
quedando, si no muerto, mal herido;
que á Dios se pide y conseguir espera
que convierta tu invierno en primavera,
mientras él, moribundo,
combate con paciencia verdadera
la gota, esa constante compañera
de todos los felices de este mundo.

VIII

Oye esto bien: de todas mis amantes,
sólo de ti me acuerdo;
y es que ya, como el héroe de Cervantes,
después de vivir loco, muero cuerdo.
Pero antes de ser cuerdo, locamente
con el candor de un niño
hoy beso con cariño

el pedazo de cielo de tu frente;
pues, créelo, vida mía,
desde que te idolatro,
de las horas del día
duerme doce y te quiere veinticuatro
tu amigo, y algo más, *Ramón María.*

CARTA SEGUNDA

FLORENTINA AL AUTOR

Florentina, la ex novicia, le remite al autor las cartas de Carmela, la monja protagonista del poema.

I

¿Recuerdas la persona
de la gran Catalina?
Pues eso es hoy tu amiga Florentina:
fea, adulta, pequeña y gordinflona.
Soy ya la más vulgar de las mujeres
é indigna de tus frases ardorosas.
¡Tú amar! ¡Tú amar! Hasta creeré, si quieres,
que, aunque no un genio, en tus ficciones eres
un poeta de acciones generosas,
pero siempre diré que son mentira
tus viejas alusiones amorosas.
¡Amas cuando la vida se retira!...
¿No he de dudar un poco de estas cosas
yo que leí las *Ruinas de Palmira?*

II

¡Infiel! Aunque lo dudes,
nunca he sido á tu amor indiferente;
y como sólo soy por mis virtudes
una mujer de hielo exteriormente,
hoy mismo, al comenzar tus desatinos,
turbada y con más fuerza que donaire,
agito el abanico, haciendo un aire
que podría mover cuatro molinos.
¿Tú amarme? ¿Será cierto?
De escucharlo, mi frente soñadora,
que vive aún sobre mi cuerpo muerto,
con su espíritu árabe está ahora
en lo más abrasado del desierto;
y aunque soy virtuosa
como una actriz que hace el papel de santa,
no extrañaré, que estática y nerviosa,
me dé una amigdalitis amorosa
que me extinga la voz en la garganta,
al ver cuán cariñoso y cuán risueño
me recuerda mis tiernas alegrías
aquel que, siendo el dueño
de las entrañas mías,
fué de mis noches el constante sueño
y la ambición eterna de mis días.

III

¿Con que por burla singular del hado
ya es la cara del hombre que me escribe
un espejo empañado
que no vuelve la imagen que recibe?
El tiempo á nuestra edad no pasa en vano;
tu vejez á la mía sobrepuja,
mas yo en mal genio y fealdad te gano.
Si todo hombre, ya viejo, es un anciano,
toda mujer puede acabar en bruja.
No me causa extrañeza
que un cuerpo tan traído y tan llevado
parezca en lo averiado
que ha servido á otras almas de corteza.
Pero, ¿y yo? Pero, ¿y yo? Si tú eres viejo,
á mí me desconsuela
el mirar que mi cara en el espejo
ya parece el reflejo
del rostro octogenario de mi abuela.

IV

Como te iba diciendo,
recuerdo con tristeza
la tarde aquella en que te estaba viendo
recostado en un poyo cometiendo

el pecado mortal de la pereza.
El dormirse leyendo
será muy natural, pero ¿qué quieres?
es uno de los casos más extraños
ver á todo un Prefecto de treinta años
roncando en un convento de mujeres.
Mas haciendo á tus méritos justicia,
declaro que en la tarde de que te hablo,
probaste á la malicia
que puede vigilar á una ex novicia
el ángel de la Guarda en vez del diablo.
¡Honor á ti, que, ardiente y en verano,
en la ocasión suprema,
ni intentaste besar mi blanca mano,
aunque en las luchas del amor humano
encontráis natural, dado el sistema,
que se coma á una tórtola un milano.

V

Pensé en ti muchos meses. Pero un día
me amó un primo artillero,
y como soy una mujer que fría,
pongo en mis ojos el amor que quiero,
con mezcla de cristiana y de judía
me casé con el primo y su dinero,
porque aprendí de una mujer astuta
que, aunque sea del todo verdadero,

nunca es muy duradero
el amor que bebe agua y come fruta.
Pero, ¡ay!, muerto mi esposo, me contaron
que alguna vez, para aliviar sus penas,
sus ojos, ¡ah traidor!, se equivocaron
y á menudo miraron
en vez de su mujer á las ajenas.
Mas ¿qué ley autoriza estos horrores?
á todos tus lectores
les gustan las enormes pecadoras,
y, en cambio, tus lectoras
se prendan de los grandes pecadores,
lo que prueba que somos en amores
número igual traidores y traidoras.
Por esto, escarmentada, no he podido
caer en la torpeza
de volver al altar, pues yo he sabido
que la mayor belleza
se casa para ver á su marido
echo un tronco y dormido
con gorro de algodón en la cabeza.
¿Quién comete el estúpido heroísmo
de exponerse á un segundo desencanto
después que ha descubierto con espanto
que sois todos los hombres uno mismo
y que, por ser tan santo,
es el rezo nupcial un exorcismo
que hace huir al diablillo del encanto?

VI

En fin, á tus deseos obediente,
va adjunto el expediente
de dos ángeles tiernos,
que han hecho en su cabeza santamente
unos viajes de amor á los infiernos.
En las cartas que envío
hallarás las razones
de por qué tan hermosos corazones
vivieron con amor y en el vacío;
y notarás también con qué cuidado,
por motivos de honor particulares,
he omitido ó alterado
nombres, fechas, sucesos ó lugares,
y en cuanto á aquella Sor del velo obscuro
á quien tanto calumnias, te aseguro
que tenía el encanto inexplicable
de que, viendo lo real abominable,
nunca halló lo ideal bastante puro.
Dejó á un novio, es verdad, mas se adivina
que, al faltar por ser monja á un juramento,
no fué por inconstancia femenina,
la causa la sabrás al fin del cuento.
Como á todas nosotras nos fascina
ó la toca monjil, ó el casamiento,
cuando Dios no nos lleva al sacramento

del viejo matrimonio,
como hizo á Ofelia Hamlet, un demonio
nos manda á las mujeres al convento.
Sólo yo, como escéptica viuda
que en cuestiones de amor de todo duda,
para fijar mi suerte
ni me quiero casar ni gastar toca,
y pues soy, por desprecio al sexo fuerte,
una mujer más dura que una roca,
voy á ver si me toca
ser la excepción de un juicio sin segundo,
hoy que un inglés va recorriendo el mundo
buscando á una mujer que no esté loca.

VII

¿Con que estás, según veo,
atacado del reúma y otros males?
Pues ten paciencia, hermano, porque creo
que quien, cual tú, todo lo dió al deseo,
de todas sus fatigas corporales
no debe echar la culpa al jubileo.
El reúma y el hastío que maldices
son las plagas felices
con que el cielo irritado
castiga á ciertos seres;
Salomón, circundado
de seiscientas mujeres

todas alegres, dóciles y hermosas,
se retiró del mundo y sus placeres
proclamando la nada de las cosas.

VIII

Y doy punto final, pues no hallo justo
que turbe yo con las tristezas mías
la salud y las viejas alegrías
de un hombre como tú, que está robusto
y come, y come bien, todos los días.
Se me acaba la luz y me despido,
haciéndote saber que á Dios le pido
que le dé, si es posible, más reposo
al hombre que, dichoso,
de pasarlo tan bien, vive aburrido;
mientras yo, aquí olvidada,
quedo muy ocupada
en el quehacer plebeyo
de arreglar una funda
á unos muebles del tiempo de Pompeyo
que les perdió con la batalla en Munda.

IX

No olvides que tu letra es un remedio
para este esplín que á ratos me entristece,
y que, á pesar del tedio

que con mis años crece,
cuando veo tus cartas me parece
que me quito de encima siglo y medio.
Por Dios que al escribir á tu ex futura,
si no me quieres ya, no me lo digas,
pues aunque sea mi mayor locura,
prefiere á tu desdén la sepultura
la más boba y mejor de tus amigas,
Florentina Segura de Segura.

CARTA TERCERA

DE CARMELA Á PABLO

Carta de Carmela, en la cual le participa á Pablo, su amante, que ha profesado, mas sin decirle los motivos secretos que ha tenido para hacerlo.

I

Quien tanto te esperó, ya no te espera.
Obedezco al destino, aunque me quejo.
No me preguntes hoy por qué te dejo.
La causa la sabrás cuando yo muera.

II

Ya sé que, al profesar, lleno de luto
el alma de un perfecto caballero
que presiente y adora lo absoluto
de lo bueno, lo bello y verdadero.

III

Mas la suerte es más móvil que la luna
y es quererla fijar empeño vano.
No hay libertad. Todo poder humano,
bueno ó malo, es un golpe de fortuna.

IV

Ya ves que no disculpo mis traiciones,
aunque sé, como todas las mujeres,
que en materia de amores y placeres
para obrar sin razón, siempre hay razones.

V

Respeta mi sagrado juramento.
¿Seré yo la primera que, afligida,
por miedo á los pesares de la vida,
sin tener vocación se fué á un convento?

VI

No me vuelvas á ver, pues sé que quieres
penetrar el dolor que me atormenta,
y el alma es una luz que en las mujeres
á través de su piel se trasparenta.

VII

Ya está sin remisión la suerte echada,
pues por causas mejores ó peores
se ha cerrado mi alma á los amores
lo mismo que una iglesia excomulgada.

VIII

Mientras Dios de la vida me destierra,
á ti, dando al olvido mi memoria,
te quedan otro amor, la fe y la gloria,
las grandes ilusiones de la tierra.

IX

No aspires ciego á la esperanza vana
de alcanzar la ventura un solo día.
¿No conoces que el mundo algo valdría
si fuera una verdad la dicha humana?

X

Pero, ¡ay de mí!, mi corazón no alcanza
á desterrar de sí tu pensamiento,
por más que en los umbrales del convento
arrojé á puntapiés á la esperanza.

XI

¡Ilusa! ¿Querrás creer que, aunque valiente,
entierro en flor las esperanzas mías,
aún pienso que aquel sol de aquellos días
alumbrará mi vida eternamente?

XII

Aún en sueños extática te amo
y en todas las ventanas del convento
empaño los cristales con mi aliento
para escribir en ellos: «¡Te amo! ¡Te amo!»

XIII

Yo te quise olvidar, y no he podido;
mas tal vez me dé el claustro horas serenas,
aunque corre una sangre por mis venas
más ardiente que el plomo derretido.

XIV

Doy, llorando, la eterna despedida
á nuestro amor de un día, al que reemplazan
las dos eternidades que se enlazan
al principio y al fin de nuestra vida.

XV

¡Cuánto angustia la eterna divergencia
de estas cosas humanas y divinas,
que dan grandes batallas submarinas
en el fondo del mar de la conciencia!

XVI

El valor me abandona cuando veo
que, ni orando, mi espíritu se exalta.
No tengo de la fe más que el deseo.
¿Y la gracia de Dios? Esa me falta.

XVII

¡Que se incline mi espíritu, Dios mío,
del santo amor por la inmortal pendiente,
pues, así como al mar corre la fuente,
la fe es al alma lo que el cauce al río!

XVIII

Vine á buscar la dicha, y es lo cierto
que, presa de ese amor que nunca olvida,
está el rincón que ocupo en esta vida
más triste que un lugar donde hay un muerto.

XIX

Lucho y lucho con bárbaro heroísmo,
pero, luchando, es mi tortura tanta,
que aparto con las manos ahora mismo
la sangre que se agolpa á mi garganta.

XX

¡Dad ánimo, Señor, á la que tierna
siente en su pecho ese anhelar profundo
que da por una dicha de este mundo
las dichas todas de la vida eterna!

XXI

La acción de mi tremendo sacrificio
ha de ser por los ángeles cantada
hasta después que, terminado el Juicio,
circule en paz la tierra despoblada.

XXII

¡Adiós! Oigo en el templo el *Miserere*.
¡Voy á pedir por mi eternal reposo,
herida como el héroe religioso
que cae, mira al cielo, reza y muere!

CARTA CUARTA

DE CARMELA Á FLORENTINA

Carmela escribe á su amiga Florentina que, atrayendo á Pablo frecuentemente al convento por medio de su habilidad en el canto, consigue que no la olvide.

I

¡Con qué placer tan grande te lo cuento!
Víctima fiel de las memorias mías,
para escuchar mi acento,
el sol de mis primeras alegrías
acude á presenciar todos los días
los oficios divinos del convento;
y yo, que aunque soy monja rigorista,
sin faltar á las leyes del decoro,
por mis fueros de artista,
puedo bien desde el coro
ser oída y oir, ver sin ser vista,
le atraigo dulcemente
con el arte bendito
que, sin formas ni líneas, vagamente
consigue en lo interior de cuanto siente
juntar lo indefinido á lo infinito;

y aunque ayer contagiado
de mi canción por el ardiente fuego
me oía embelesado
aguzando el oído como un ciego,
pasó nuestra pasión desconocida
para el alma dormida
de estas monjas honradas
que tristes y en sus celdas encerradas
ven vegetar sin atrición la vida;
y nadie en el convento,
mientras duró mi canto, ha conocido
que, el uno al otro unido,
desde su pecho al mío era mi acento
un reguero de plomo derretido.

II

No en vano pretendía
que él oyese algún día
el temblor de mi voz apasionada,
porque yo bien sabía
que una mujer amada
oída es más temible que mirada;
y así al buscar, oyéndome, consuelo,
dando, ciego, al olvido
que es el amor en nuestro obscuro cielo
un sol que para siempre se ha extinguido,
en su pura inocencia

el infeliz no sabe
que siempre es cosa grave
someter el amor á la experiencia;
y por eso no advierte
que oir la voz de una mujer querida
hace adorar la vida,
como un clarín hace afrontar la muerte;
y aunque yo, siempre honrada,
como una salamandra ya aguerrida
de mi edad más florida
la hoguera atravesé sin ser quemada,
hasta á mí misma su pasión me aterra,
pues temo que el volcán que mi alma encierra
ante el calor de su recuerdo estalle;
¿dónde hay amor tan puro en que no se halle
levadura del limo de la tierra?
¡Quiera Dios, quiera Dios que sus dolores
no reanimen de nuevo mis ardores,
como algún día, de sudor cubierto,
recordaba sus íntimos amores
al darle á San Jerónimo temblores
las ráfagas de viento del desierto!

III

Al llegar el instante
en que á hurtadillas veo
su extático semblante
envuelta en una nube de deseo,

del órgano primero acompañada
pulsé con diestra mano
una tierna balada
difundida y mezclada
al monótono son del canto llano,
y así juntando á las divinas glorias
algo de cieno del humano goce,
con varias inflexiones que él conoce
mis notas impregné de sus memorias,
y en tanto que él me mira
con grandes ojos de ternura llenos
yo, con el genio que el amor inspira,
hice, apelando al día de la ira,
al órgano lanzar rayos y truenos.
Y cuando estaba de dolor postrado,
sintiendo una agonía permanente,
á un altar apoyado,
para oirme, los ojos dulcemente
abría como un niño embelesado,
y á la postrera nota,
en que el amor de lo pasado evoco,
más bien que como un loco
miraba el infeliz como un idiota.
¿Qué fué de la ventura
de este hombre de nobleza inmaculada,
que hoy lanza en su terrible desventura
relámpagos de sangre su mirada,
corriendo á toda prisa á la locura?

¡Oh! ¡Cuán honda tristeza
inspira al alma esa común flaqueza
de ver rodar, caída por el suelo,
la indómita fiereza
con que levanta con orgullo al cielo
su torre de Babel toda cabeza!

IV

Conforme él iba atento,
como uno ciego de amor de nacimiento,
traduciendo mis notas en cariños,
pues ven por sentimiento
los ciegos, las mujeres y los niños
toda el alma en el timbre del acento,
yo, iniciando con ánimo tranquilo
cierto tema de amor idealizado,
que es fray Luis de León en el estilo
—por supuesto, añadiéndole el pecado—
en escala ascendente,
parodiando más tarde vagamente
el plácido gorjeo
del céfiro sutil del mar Egeo
que el sol suele traernos del Oriente,
copié luego los giros de la brisa
que, agitando indecisa
las flores con sonoro movimiento,
va imitando la risa
de niñas que están locas de contento;

y al acabar mi canto, santamente
pedí con voz doliente
para él la dicha y para mí el olvido
á ese gran Dios de las tristezas mías
que la inmortal naturaleza adora,
y á quien manda sus himnos ó elegías
cuando, en la tarde y al brillar la aurora,
la tierra es un delirio de armonías.

V

Miradle allí rendido,
como si fuese por un rayo herido,
pensando en su locura
por qué entré en el convento,
eterna conjetura
que hace su desventura,
pues no hay carga mayor que el pensamiento.
De este misterio el sin igual tormento
será su torcedor hasta que muera,
y como el sér que espera desespera,
él vivirá desesperado y loco,
y sin dar con la causa verdadera,
así le irá matando poco á poco
la fiebre intolerable de la espera.
Y yo ¿qué espero? Nada.
Aunque ya escarmentada,
no olvido para andar con pie seguro,

que el presente es el filo de una espada
y el pasado, lo mismo que el futuro,
un sueño entre una nada y otra nada.
Con humildad cristiana
ya vivo convencida
de que todo en la vida
ni por Dios bendecida hay dicha humana,
y sólo espero, por la muerte herida
ya la tumba cercana;
que el voto que del mundo me destierra
me abra un día en el cielo otra esperanza,
que en el amor, lo mismo que en la tierra,
cuando un mar se retira el otro avanza.

VI

Soy dichosa de veras;
ahora es cuando creo
que la lira de Orfeo
convertía en corderos las panteras,
pues cuando, como un reo
á locura y á muerte condenado,
me escuchaba aterrado,
dando á mi voz, con afectada calma,
una tierna inflexión que él no ha olvidado,
reanimando su amor nunca apagado,
le herí de frente en la mitad del alma;
y su dolor fué tanto

que apresuradamente,
huyendo con vergüenza de la gente
del convento salió rompiendo en llanto;
y yo, al verle salir, enardecida,
mandándole una eterna despedida,
con voz, mezcla de hachazo y de lanzada,
hice febril apresurar su huída
al que lleva la imagen esculpida
del Dios de mi niñez en su mirada...
¡Adiós, noble esperanza defraudada!
¡Adiós, único sueño de mi vida!

CARTA QUINTA

DE CARMELA Á FLORENTINA

Anunciándole la muerte de Pablo y revelándole el secreto de su profesión.

I

Antes que mi memoria
venga á falsear la intemperante historia
que no calla lo suyo ni lo ajeno,
desde este jardín lleno
de flores ignoradas
en donde, aunque no es moda ser cristiano,
se ejercen con esfuerzo sobrehumano
unas viejas virtudes desusadas,
con el alma partida de tristeza
mi espíritu iracundo
se despide de un mundo
en que no hay más virtud que la belleza.

II

Murió presa de un éxtasis divino
el hombre enamorado
que siendo tan cortés como un cruzado
tenía el corazón de un Antonino.
Y aunque por él sentía
el ciego amor que en el delirio toca,
tengo, al saber que ha muerto, una alegría
más triste que el contento de una loca,
pues por más que ahora mismo el sentimiento
mi corazón destroza
al recordar cuando á escuchar mi acento
se mostraba en la iglesia del convento
como un rey á la puerta de una choza,
sin querer ni saber en qué consiste
al llegar para mí la eterna ausencia
de un sér que era mi vida y ya no existe,
te declaro en conciencia
que siento, como hay Dios, no estar más triste;
y es porque considero
que para mi alma ardiente es gran fortuna
el que, muerto él primero
no pueda ser querido de otra alguna,
y bendigo al Señor porque ha dejado
mi espíritu en reposo.
¡Qué alegre está un celoso
cuando muere antes que él el sér amado!

III

¡Tiene burlas que espantan el Destino!
¡Cuando era más cantada mi belleza
me convirtió en un monstruo el Dios que vino
á hacer una virtud de la tristeza!
Yo soy, amiga mía,
la que pasé por bella entre las bellas,
y á quien Pablo algún día
«para verte, Carmela», me decía,
«hacen alto en el cielo las estrellas».
Pero, ¡ay de mí!, cuando llegó el instante
de ser la esposa fiel de un fiel amante,
un rayo repentino
cayendo en mi semblante
partió de medio á medio mi destino.
Hoy ya puedo contarte que, apartado
este velo que ampara
el recuerdo feliz de mi pasado,
parecen las arrugas de mi cara
oquedades de un mármol oxidado;
y más muerta que viva,
te diré que unas pérfidas viruelas,
en esta frente altiva
dejando de su paso las estelas
hicieron de mi cutis una criba.
Y cauta, en previsión de que el amante,

próximo á ser mi esposo,
no viese este semblante
que es de un ídolo indiano en lo espantoso,
para ocultar las huellas
que dejó en mí la enfermedad traidora,
fuí buscando la sombra protectora
que hace iguales las feas y las bellas;
y, sin perder momento,
huyendo del amor con heroísmo,
me vine á este convento
que me atrajo hacia sí como un abismo,
y en él haciendo al cielo
una doble promesa,
además de mis votos de profesa
hice voto especial de llevar velo;
pues aunque yo sabía
que es sólo la belleza flor de un día,
quise huir del mayor de los horrores,
y es que Pablo me viese de este modo;
sabiendo que en amores
la realidad lo desencanta todo;
y cierta de que el mundo embelesado
más bien que al corazón, mira á la cara,
pues siempre para el hombre enamorado
vale más y es más bello un pie torneado
que un palacio de mármol de Carrara,
del mundo huí con varonil firmeza
pues, por más que el decirlo es cosa dura,

lo que encanta en la vida es la belleza,
y el alma en la mujer es la hermosura.

IV

Visto el mundo á través de mi tristeza,
y estando convencida
de que el hombre sólo ama la belleza
y en faltando el amor ¡adiós la vida!,
voy á pensar ahora en mi pasado
para poner en orden mi conciencia,
porque es limpiar el alma del pecado
el último pudor de la existencia.
En vez de ir imitando
á estas hijas de Cristo,
á quienes va matando
la nostalgia de un cielo que no han visto,
yo, fingiendo una santa penitencia,
es tanto lo que lidio
por terminar cuanto antes mi existencia
que entregada al cilicio y la abstinencia,
es mi vida ejemplar un suicidio.
¡Morir! Nada hay que consolarnos pueda
de una ilusión perdida,
y más cuando en la vida
la hermosura se va y el amor queda.
¡Morir! y morir pronto, he aquí la suerte
que anhelo con empeño;

como el hombre cansado llama al sueño,
busca el triste consuelo de la muerte.

V

Al ver el santo celo
de estas pobres mujeres
que, atentas á cumplir con sus deberes,
por el camino real marchan al cielo,
deseo, arrepentida,
morir creyendo en Dios y en la otra vida;
y aunque ruegan por mí con fanatismo
estas monjas honradas
que creen que purifican mis miradas
lo mismo que las aguas del bautismo,
aún temo por el fin del alma mía,
porque yo siempre he sido
una grande impostora que ha sabido
inspirar una fe que no tenía;
y aunque hoy crédula y tierna,
el recuerdo del sér por quien suspiro
es el cristal de aumento con que miro
los horizontes de la vida eterna,
tengo dudas si, al fin de la jornada,
podrá morir del todo arrepentida
esta desventurada
que ha pasado la vida
mirando á lo infinito sin ver nada.

VI

¡Qué malestar! ¿Si empezará, Dios mío,
la muerte del planeta?
¡Los mármoles estallan con el frío
y una bruma pesada el mar aquieta!
¡Adiós, adiós! ¡Voy á morir en breve,
pues cual si fuese, como yo, otro muerto,
sobre el mundo desierto
echa el cielo una sábana de nieve,
y, oculta entre la atmósfera sombría,
alguna mano fría
parece que me entierra
entre esa nieve que será algún día
el último ropaje de la tierra!

VII

¡Cuánto adoré y sufrí! Pero ¡adelante!
¿qué importa lo sufrido y lo gozado,
si después que los días han pasado
lo mismo son un siglo y un instante?
¡La leyenda irrisoria
de mis tristes errores
pasó ya como pasa la memoria
de los grandes placeres y dolores!

¡Reyes y emperadores
siglos de horror y de pasada gloria,
todo caerá en la sima de la historia
como el hoy y el ayer de mis amores!

CARTA SEXTA

DE FLORENTINA AL AUTOR

Florentina da noticia al autor de la muerte de Carmela, explicándole las circunstancias por las cuales murió en olor de santidad.

I

¡Y vuelta á repetirme que me quieres!
Galante en procederes
y en las palabras tierno,
cualquiera dirá que eres
un ave que hace nidos en invierno.
¿No ves, querido monstruo sin entrañas,
que al ponderar tu amor como un falsario
á esta pobre aldeana á quien engañas,
te dirán que nos habla un millonario
del placer del vivir en las cabañas?
Es de tu ciencia el singular secreto
que tu vida es un viaje sin objeto,
y yo, llamando monstruo al que me olvida,
no encuentro más que monstruos en la vida;

y así, uno engañador y otra engañada,
somos dos seres de experiencia llenos,
que si tú sabes que la ciencia es nada,
yo sé que la pasión es mucho menos.

II

Empezaba á decir... ¿qué te decía?
¡Ah!, sí, que el alma mía
no es fácil que deteste
á un hombre que algún día
estudió en mi garganta anatomía
y en mis ojos mecánica celeste,
pues recuerdo, embriagada de contento,
que apelando á la noble poesía,
hija y madre á la vez del sentimiento,
tu lira bondadosa
me llamó un día hermosa
é hizo un canto impregnado de tristeza
á la última rosa
que llevé de novicia en la cabeza.

III

Voy, pues, ya que lo ordenas,
de una vida que amé más que la mía
á pintarte las últimas escenas,
mitigando el dolor con mi alegría,

pues sé, Ramón María,
que te fastidian como á mí las penas.
Y ocultando, si puedo, mis dolores,
al rendir el tributo
de mis tiernos loores
y á una mujer que tuvo en sus amores
la estúpida virtud de lo absoluto,
te diré que ha acabado su existencia,
sintiendo la influencia
de ese inmortal deseo no apagado
de que vuela empapado
el soplo de la brisa de Valencia;
fascinadora brisa
que hizo que ambos tuviesen la gran suerte
de imitar en la vida y en la muerte
el amor de Abelardo y Eloísa.

IV

Sabrás que de la vida de Carmela
hizo al fin el milagro una novela,
pues la hermana Consuelo y otra hermana,
ignoro si por sueño ó desvarío,
refieren que á la luz de la mañana
encontraron su féretro vacío;
y la hermana Consuelo,
que cree que todo el mundo ha de ir al cielo
y que al velar, durmiéndose, á la muerta,

pudo soñar despierta,
como el hecho del mundo más sencillo
cuenta, de fe exaltada,
con su voz natural desafinada,
que á un fantástico brillo
vió vestida y calzada
á María Carmela del Castillo
subir á lo inmortal transfigurada.
Y como no hay manera
de evitar que en milagros y en agüeros
una madre embustera
pueda engendrar mil hijos embusteros,
la historia de esta madre milagrera
será la que tendrán por verdadera
los bobos de los siglos venideros.

V

Y como en cosa de ilusión tan rara
siempre ha habido encontrados pareceres
me dicen que Sor Clara,
una monja que mira cara á cara
lo mismo que en el siglo las mujeres,
y Sor Juana, que suspira
al capellán que fué de regimiento,
y que, hipócrita, aspira
á ser la superiora del convento,
andan diciendo ahora

que entre un criado mío y el portero
la sacaron, poco antes de la aurora,
en el carro del pan del panadero.
¡Inútil presunción! Pues siempre ha sido
el imán de nuestra alma lo imposible,
y como esto es tan real y tan creíble
por lo mismo será menos creído.

VI

Por lo dicho verás que me consagro
á dar fuerza á la idea del milagro,
y es porque así preveo
que el pueblo con su inmenso clamoreo
de mi amiga Carmela hará una santa;
idea que me encanta,
pues además de merecerlo, creo
que la virtud que hay en la tierra espanta.
Fué admirada de tantos,
que es natural que aquellos que la lloran
ya muerta multipliquen sus encantos,
porque siempre los seres que se adoran
á la fuerza han de ser héroes ó santos.
Y por eso declaro
que mi empeño lo fundo
en que este caso de histerismo raro
se quede en el secreto más profundo.

¡Oh, fuerza del misterio! En este mundo
nadie se hace matar por nada claro.

VII

Mas, juzgando el milagro una impostura,
un recto magistrado
que todo el mundo sabe
que es tonto, y para un tonto todo es grave,
con mucha gravedad ha encomendado
á otro insigne letrado
que busque con premura
el rincón de la tierra
en que estén de ella y de él la sepultura,
(secreto impenetrable que se encierra
en mi pecho con triple cerradura),
y que, poniendo mano
en esa indiscernible
frontera de lo real y lo invisible,
certifique por medio de escribano
lo que haya en el milagro de creíble;
y como es su torpeza
igual á la destreza
de otras muchas y grandes dignidades,
que aunque no hacen ni dicen necedades
son necios de los pies á la cabeza,
el famoso letrado
con el mayor cuidado

desplegará cuanta malicia quepa
en un magín de textos incrustado,
probando que el cadáver fué robado
por quien ya se sabrá cuando se sepa.

VIII

Y yo, que con rodeos
entre las malas condiciones mías,
acostumbro á ocultar mis baterías
marchando en línea recta á mis deseos,
para hacerle creer cualquiera cosa
ya cuento con su esposa,
mujer por los milagros entusiasta,
y buena de tal modo,
que si fuese tan limpia como casta
sería una virtud pura del todo;
pues ella es de esos seres elegidos,
santos hasta el exceso,
que nunca á sus maridos
les dan en tiempo de cuaresma un beso,
y que, con alma de rezar sedienta,
amontonando preces sobre preces,
suele leer de fe calenturienta
los libros de moral hasta las heces,
y en este año leyó, según me cuenta,
el dichoso Telémaco diez veces,
que después de otras treinta hacen cuarenta;

y ella al fin, anulando con su celo
de su esposo los planes,
inútil hará de él todo desvelo,
y, por grandes que sean sus afanes,
como suelen decir los alemanes,
no llegarán los árboles al cielo.

IX

Y como siempre Maquiavelo ha sido
para mí una inocente criatura,
pues han hecho entre el médico y el cura
de mi mente un estanque corrompido,
suceda, en conclusión, lo que suceda,
más que la curia he de poder yo sola,
porque, en último caso á mí me queda
lo que llama Argensola
la grave autoridad de la moneda,
y, al peso del dinero, en el sumario
del milagro se hará pleito ordinario,
y el tiempo, ese tirano sin segundo,
encajará en lo real lo imaginario,
pues el vulgar deber es el sudario
que envolverá el cadáver de este mundo.

X

¡Carmela del Castillo, alma bendita!
confía en mis cuidados,
sé que el sepulcro es un lugar de cita
de todos los amantes desgraciados,
y ya ves que no olvido
que hablándome de Pablo me decías:
«¿No habrá algún sér querido
que mezcle sus cenizas con las mías?»
¡Los dos en un sarcófago ignorado
reposaréis en paz, almas inquietas,
y uno del otro al lado
os verá el sol del día en que cansado
deja Dios de su mano á los planetas!

XI

¡Cuánto envidio á esas almas tan honradas
que, no estando tocadas
de la común miseria,
viviendo en lo fantástico elevadas
cual Platón llaman lo otro á la materia!
¡Bendigo el santo fuego que redime
á esos seres benditos
que están por su pasión, por lo sublime,
ebrios siempre de sueños infinitos!

¡Candorosos ensueños de mi cuna,
renovad mis primeras emociones!
¿Qué realidad hace feliz? Ninguna.
Pues si sólo hay verdad, en las ficciones,
si sólo, en lo ideal, da dicha alguna
la fe que hace latir los corazones...
¡Quítame, oh, Dios, el oro y la fortuna
pero vuélveme á dar las ilusiones!

LOS AMORES EN LA LUNA

LOS AMORES EN LA LUNA

POEMA EN TRES CANTOS

Dedicado al Sr. D. Manuel
del Palacio, insigne poeta.

CANTO PRIMERO

I

No hay dicha en este mundo; he aquí un gran tema
para escribir, como escribir confío,
un poëma que, triste por ser mío,
será más bien un sueño que un poëma.

II

Doña Isabel de Portugal, esposa
del Rey y Emperador Carlos Primero,
miraba al Rey, su primo y compañero,
con ojos que veían otra cosa;

y es que, aunque fiel casada,
siempre fija en el cielo la mirada,
á través de un gentil sonambulismo,
se juzga de Lombay enamorada
(y amar, ó creer amar, todo es lo mismo),
y, cada vez que su extravío nota,
más que amante, devota;
con conciencia intranquila
haciendo cruces la inocente, agota
toda el agua bendita de la pila.
¡Oh, virtud adorable
que se cree abominable
porque ama á un sér en la región del viento!
Que me conteste el juez más implacable:
¿Es crimen ser infiel de pensamiento?

III

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
hacer saber una pasión que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
que amó con la pasión más tormentosa,
y amó porque, al pasar por no sé donde,
le dijo no sé quién no sé qué cosa.
Y sé de otra también, que aunque pedía

por las noches á los ángeles consejo
para ser buena en el siguiente día,
se hacía amar con tan discreto modo
que, aunque nada á su amante le decía,
tan sólo con fruncir el entrecejo
se lo contaba, sin embargo, todo;
y es porque sabe el alma enamorada,
mejor que muchos sabios,
cuanto nos dicen, sin hablarnos nada,
un dedo que se aplica á ciertos labios,
una palabra, un gesto, una mirada.

IV

No hay cosa más común en los amores
que esos vagos ardores
que nuestras almas llenan
de unas locas visiones que envenenan,
así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujeres veo
que del amor padecen el martirio,
y que, adorando á un hombre con delirio,
no han llegado jamás ni aun al deseo;
castas mujeres, que en secreto adoran,
y que son adoradas sin medida,
y que á veces también, aunque lo ignoran,
son la oculta novela de otra vida!

¡Oh, Dios! ¡Cuánta alma buena
con la mirada llena
de sueños y horizontes interiores,
como carga importuna,
va soñando al país de los amores!...
¿Dónde está ese país? —¿Dónde? En la luna.

V

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
de hombres envidia y de mujeres gozo,
la Reina le llamaba «el caballero»;
las damas le decían «el buen mozo».
A este insigne varón, después que le hizo
paje de honor la infanta Catalina,
por una gran razón que se adivina
la Reina le nombró caballerizo;
y por fin, el buen mozo y caballero
(que á santo llegó un día),
que Marqués de Lombay siendo primero
fué después cuarto Duque de Gandía,
gozando de la Reina la privanza
(sin la promesa real de dicha alguna),
vivió en eterno estado de esperanza,
que es vivir en un valle de la luna.

VI

!Cuántos nobles amores,
llenos de ansias y celos,
sin tocar en las puntas de las flores,
en el azul se mecen de los cielos;
amores que, aunque son de pensamiento,
embargan por entero nuestra vida,
y que, al morir nosotros, en el viento
se pierden como música no oída!

VII

Y tú, lector querido,
¿no has conocido alguna
que, aunque fiel en la tierra á su marido,
ama á otro hombre fantástico en la luna?
De este modo la Reina, embebecida,
cruzando en ilusión los cuatro vientos,
un columpio formó de pensamientos,
y en ellos se meció toda su vida;
y así tan sólo á comprender alcanza
el alma más severa
cómo puede un amor sin esperanza
llenar de dicha una existencia entera.

VIII

Pero pregunta una mujer curiosa:
—Siendo infiel en los astros á su dueño
la grande Emperatriz y noble esposa,
¿no era culpable? - Sí. —¿De qué? —De un sueño
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas
suelen amar contra su mismo intento
porque en ciertas alianzas caprichosas
acaso con su propio sentimiento
se confunde el aliento
misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,
en un rapto de amor calenturiento,
sin restricción alguna
se van á amar sobre lo azul del viento,
porque tiene en los valles de la luna
su derecho de asilo el pensamiento!

IX

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(terrible como todas las verdades),
que un corazón sensible,
para huir de las frías realidades,

convirtiendo en posible lo imposible,
conducido por mano de las hadas
se tenga que escapar de lo invisible
por las oscuras puertas entornadas!

X

¡Oh sueños del amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algún amante?
Oid de esta pasión la eterna historia:
Se llega á ver á un sér un solo instante,
y después va empezando aquel semblante
á flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
—Sí. —¿Quién es? —Una sombra encantadora
que, cruzando más rápida que un ave,
pasa, mira, nos ciega, se enamora;
la vamos á seguir y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO

I

¿No estáis, lectores míos, admirados
de ver, ora en ausencia, ora en presencia,
lo mucho que interviene en la existencia
la diosa de los mundos encantados?

II

Oid por boca del amor más tierno
el placer infinito que se siente
en la interior visión del mundo externo.
A una niña inocente
—Te ¿aburres, di?—su madre le decía;
y la niña risueña respondía:
—No madre; me distraigo interiormente.
¡Modelo de los que aman sin medida
la niña, interiormente distraída,
como ella, fantaseando hechos y cosas,
entretienen mil almas virtuosas
este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh, ilusión adorable,
hija del cielo y de la dicha hermana,

á no ser por tu magia soberana
nos mataría el tedio inexorable,
eterno fondo de la vida humana!

III

Pero mi mente, como todas, vuela,
y de la grande Emperatriz se olvida;
y así, dejando á un lado la novela,
volvamos á la historia de su vida.

IV

La Emperatriz, hacia los treinta abriles
tenía una belleza incomparable.
Yo vi en un medallón sus dos perfiles,
y la encontré dos veces admirable.
Aquel rostro tan bello
que á sus Venus después puso el Ticiano,
lo rodeaban con gusto soberano
dos matas abundantes de cabello;
y á su augusta altivez poniendo el sello
las gasas de su gola y de su mano,
sus mangas blancas y su enhiesto cuello
le daban un aspecto puritano.

V

Aunque la Reina-Emperatriz, prudente,
detesta cordialmente
el amor que se acerca demasiado,
ansía, estando de Lombay ausente,
corrientes de suspiros de aquel lado;
y hasta cuenta la fama
que, sin hacer á su pudor agravios,
viendo unido á Lombay con otra dama,
triste ocultó la Emperatriz su llama,
dijo: «¡mejor!», y se mordió los labios;
pero, aunque ausente, y además casado,
en pensar en Lombay su alma se aferra,
y con gentil cuidado,
soñando en el ausente idolatrado,
para verlo mejor los ojos cierra
y tiene así, de su deber al lado,
el alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI

Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente?
Cuando se ama en extremo es lo ordinario
ser un poco demente, y más que un poco,

pues siempre fué y ha sido necesario
para ser muy feliz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinario,
mientras se postra ante ella el mundo entero,
la Emperatriz, con culto verdadero,
se arrodilla ante un sér imaginario.
Mas, salvando el honor de su marido,
siempre el amor con el pudor hermana,
y así vive, aunque infiel, la Soberana
con la conciencia del deber cumplido;
y nunca de la altiva castellana
puede ser el secreto sorprendido,
pues sólo antes que alumbre la mañana
es cuando, astuta, si lo ve dormido,
la frente de Endimión besa Diana.

VII

Mas, ¿qué han de hacer, ¡Dios mío!,
sino buscar consuelo en las estrellas
las reinas que, en sus horas de vacío,
ven que toman los reyes, para ellas,
la forma del deber ó del hastío?
¡Ah! sí: mientras la Reina sin fortuna
cumplía como buena sus deberes,
don Carlos, en sus múltiples placeres,
sin miramiento ni prudencia alguna,

no sólo idealmente á las mujeres
las conduce á los valles de la luna,
sino que en la vehemencia
de su insaciable pecho
la realidad agota sin conciencia,
y llama, cual Calígula en demencia,
la misma luna á compartir su lecho.

VIII

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto;
en vano el mundo su conducta acecha,
pues comprende muy bien su noble instinto
que la esposa del César Carlos Quinto
debe estar hasta exenta de sospecha.
Y, cuanto más soñando se extravía,
hablando con sus mismos pensamientos:
«Dios me dará pesares—se decía—,
pero nunca tendré remordimientos...
Y ya por el dolor purificado
el amor de su sueño la extasía,
y así, del grande Emperador al lado
mirando á su marido lo perdía,
se buscaba á sí misma y no se hallaba.
¿Que esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo!
¡Cuánta mujer, como ella, muy honrada,
con femenil encanto

mientras habla á su amante, embelesada,
sigue con otros diálogos en tanto
perdida en el espacio su mirada!

IX

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados
se ignoran á sí mismos los sentidos,
á la tierra apegados
por el deber y la palabra unidos,
yo vi muchos amantes muy queridos
de corazón y de hecho separados,
hallándose en la luna confundidos
con sombras de otros seres adorados:
amantes que, aunque buenos y dichosos,
persiguiendo ardorosos,
cansados de lo real, sueños livianos,
se quieren en la tierra como hermanos,
y tienen en la luna otros esposos.

X

¿Dudáis de esta verdad, lector amado?
Pues no estéis en su fe muy confiado
aunque tengáis á vuestra amada enfrente,
pues positivamente

cuando está distraída á vuestro lado
es que se acerca á su querido ausente.
¡Cuántas veces, henchida de fragancia,
besa una boca á su adorado dueño,
y otro sér, á mil leguas de distancia,
oye un eco que vibra como un sueño!
Y es que, aunque el beso suena donde toca,
al ponerse después en movimiento,
ligero como el viento
su dirección el pérfido equivoca,
pues remitido al Norte con la boca,
se lo lleva hacia el Sur el pensamiento!

XI

¡Salud, valle encantado de la luna!
En ti, en mi edad pasada,
¡oh, imagen sobre todas adorada!,
tuve yo, entre otras, una,
hace ya muchos años, secuestrada.
¡Cuánto he amado y sentido!
¡Y tú, joven lector, ten entendido
que si amo hoy sólo por amor al Arte,
también, por la ilusión desvanecido,
caminé por el mundo distraído
cual si viviese en Júpiter ó en Marte!
Y, aunque ya no me empeño

en seguir á mi ardiente fantasía,
pues tengo en mi mujer mi fe y mi sueño,
y en mis libros la calma y la alegría,
todavía mi mente
hace brotar ardiente
del fondo de mi infancia maravillas,
y es tan verdad que, ayer precisamente,
pasó una antigua imagen por mi frente
que mi insomnio cargó de pesadillas.
¡Aun suelo recordar en mi ardimiento
varias memorias, en la luna ausentes,
con quienes hice yo de pensamiento
millones de locuras inocentes!
Y aun me acuerdo de alguna
que, aunque esposa severa,
con el alma llena de ilusiones, era
fiel en la tierra y pérfida en la luna...
Pero, ¡ay!, esto pasó. ¡Bien lo he llorado!
¿Te acuerdas de ello, Inés? ¿Y tú, María?
Mas ¡qué memoria tan tenaz la mía!
¡Eso también pasó! ¡Todo ha pasado!

CANTO TERCERO

I

Hay un amor profundo
que nunca encuentra en nuestra vida calma:
y hay un exceso de alma
que jamás halla empleo en este mundo.
Y prueba de ello son las almas puras
que, para hallar á su cariño empleo,
extravasan en sueños sus ternuras,
imitando en su loco devaneo
á todas esas santas criaturas
que recorren, viviendo en sus clausuras,
los inmensos pensiles del deseo.

II

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirad
el amor de esos seres elegidos
que pueden, enfrenando los sentidos,
adorar sin vergüenza y sin pecado;
que con sana conciencia,
alzando lo más puro de su esencia
hasta uno de los valles de la luna,

agregan su existencia á otra existencia,
y puede conservar sin mancha alguna
todo el tiempo que quieran la inocencia!

III

Con tal piedad y con pureza tanta,
amaron, cual Lombay á la Princesa,
con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, también santa.
¡Honor á esos fantásticos cariños
que son tan inocentes
como lo son los sueños transparentes
que envía Dios á pájaros y á niños!
¡Jamás concebirán de nuestra mente
amores tan sublimes y tan tiernos
los que saben amar tan solamente
con el amor que alegra á los infiernos!

IV

¡Reina infeliz! Cual dice la Escritura
vió á un hombre un día por su mala suerte,
y después con tristeza y con ternura
se quedó pensativa hasta la muerte.

Don Francisco de Borja la quería
con tanta abnegación, con ardor tanto,
que antes de ser un héroe y luego un santo,
ya un cristiano de Esparta parecía.
Y la Reina entretanto apasionada,
aunque al pudor no le defrauda en nada,
casta, y leal, y mística, y severa,
á su angustia febril abandonada,
en su trono imperial vive sentada,
más triste que una virgen de Rivera;
hasta que lentamente,
sofocando en el pecho aquel misterio,
la Reina Emperatriz fué tristemente
bajando esa pendiente
á cuyo pie se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
un hecho que en idea se transforma,
y, así como una llama entre la bruma,
la Reina cual incienso que perfuma,
ondeó, se disipó, perdió su forma,
y en espíritu fué de vuelo en vuelo
de aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡Murió joven aún, pero ¿qué importa?
Va y viene la mujer cuando Dios quiere,
y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V

Lombay, que siempre continuó la senda
del amor y la gloria,
su vida pasó á historia,
y su historia después pasó á leyenda:
y cuenta esta leyenda infortunada
que el Marqués, para colmo de sus penas,
partió á inhumar á la feraz Granada
á la gran Reina, y respirando apenas,
en la muerta clavada
por largo tiempo tuvo una mirada
que le llevaba el frío hasta las venas;
y horrorizado, y por el llanto ciego,
—Ya sólo lo que viva eternamente
volveré á amar—dijo Lombay; y luego
sus ojos, que brillaban como el fuego,
se apagaron ante ella eternamente!

VI

Y esperando el momento
de ir á más alto asiento,
alzó entre el mundo y él un doble muro,
é hizo acopio de amor en un convento;

mas ¿de qué amor? de aquel... Del amor puro
que busca el sacrificio y el tormento.
Fué monje y santo al fin; pero es lo cierto
que le fueron siguiendo á todas horas
aquellas ilusiones tentadoras
que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
mientras la sombra de Isabel adora,
y su alma fiel, que por su amante llora,
de Dios esposa y del deber esclava,
la dicha del amor *que es de una hora*
la da por esa paz *que nunca acaba*.
Y en éxtasis de sueños inmortales,
ignorando Lombay si sueña ó vela,
se pierde, como un ángel cuando vuela,
en sueños infinitos é ideales,
pues en el mundo real, si bien se mira,
merced á la ilusión y á la memoria,
solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh novela inmortal, tú eres la historia!

EL AMOR DE LAS MADRES

EL AMOR DE LAS MADRES

PRIMERA PARTE

LA MADRE Y LA HIJA

I

Luis Alfonso es mi amigo más constante,
mas debo declararos francamente
que hallo poco galante
que me obligue á que os cuente
un hecho atroz, que espantaría á Dante,
hoy que, ya arrepentido, busco el modo
de que jamás vuelva á mentar mi labio
¡el mal de todos, como dice el sabio,
y la infinita vanidad de todo!

II

¡Qué Enero tan fatídico, Dios mío!
¡Hasta el agua del río
va aprisionando el hielo!

¡Cubre el país la nieve y luego el frío
hace un cristal en que se mira el cielo!
¡Era blanca la bruma
y estaba todo blanco en aquel día,
pues sólo se veía
nieve en la tierra y en el mar espuma!

III

Según cuenta una historia verdadera,
de Ana la panadera
era tal la elegancia,
que á Pocillo llevó desde Pozuelo
la moda de ponerse, como en Francia,
en forma de coníferas el pelo.
Sólo estuvo una vez enamorada,
pues, viendo á un emigrado de pasada,
la panadera se quedó tan triste,
que lleva desde entonces su mirada
fija siempre en un astro que no existe.
En un carro de varas, que tenía
por toldo una porción del claro cielo,
comerciando con pan, iba y venía
de Pocillo á Pozuelo,
guardada por un perro que mordía.
Y sucedió que un día
en que, cual Juno, altiva y agraciada,

en su carro sentada,
volvía de la villa
de llevar una hornada
de pan candeal de tierra de Castilla,
de su camino hacia el siniestro lado
á la vislumbre incierta
de un sol que parecía amortajado,
vió una muerta con traje destrozado,
y á una niña mamando de la muerta.
Mas ¿cómo aconteció? De esta manera:
poco antes de llegar la panadera
la madre, hambrienta, alimentar quería
á la niña que de hambre se moría,
y por no sacar la leche de su pecho
con sublime despecho
con las uñas la piel se deshacía,
y como ya salía
la leche con la púrpura mezclada,
de una inútil succión escarmentada
la niña, casi yerta,
se quedó tan hambrienta y fatigada,
que se durmió sobre su madre muerta.

IV

¡El rostro de la pobre aún sonreía,
porque expiró cumpliendo en su agonía
el más puro y mayor de los deberes!

¡Van con gusto al martirio las mujeres
cuando el instinto maternal las guía!
Mientras Ana piadosa se adelanta
á dar alivio á desventura tanta,
parecían los vientos desatados
un polvo de cristales triturados
que destrozaba el rostro y la garganta.
Y sintiendo un horror de cuerpo entero,
asustada primero
de miedo ante el cadáver se retira,
pues da un frío mayor que el mes de Enero
un muerto que parece que nos mira.
Mas al fin, dominando sus terrores
la fuerza del espanto,
fué cubriendo su rostro bajo el llanto,
un color que no existe en los colores;
y recogiendo aprisa
la niña abandonada,
que, al sentirse abrigada,
no le cabe en la cara la sonrisa,
en el carro de nieve coronado,
dejó tras sí, con paso acelerado,
más bien que aquel desierto, aquel vacío...
¡Sitio de horror que se quedó más frío
que un campo de batalla abandonado!

V

¡Voló de esta tragedia la noticia;
mas como siempre á nuestro mal se junta
del hado, si es adverso, la malicia,
mientrás llegó, corriendo, la Justicia,
los perros se comieron la difunta!

SEGUNDA PARTE

LA HIJA Y LA MUÑECA

I

Con tu venia, lector, sigo contando
esta terrible historia,
que siempre está ondulando
como el vaivén de un sueño en mi memoria.

II

Pasaron tres Eneros, y es ahora
la hija de la antigua pordiosera
una niña hechicera,
que aún se queda dormida mientras llora.
Siendo Ana de esas almas escogidas
que sin penas ni grandes desengaños,
como muchas mujeres de treinta años
aún tiene unas muñecas escondidas,
para hacer á la niña más dichosa
le compró en un bazar, la panadera,
otra muñeca de cartón preciosa,
que tenía una crin por cabellera.

III

Al volver á Pocillo de Pozuelo,
el viento con las nubes barre el suelo
y en su furor los árboles derriba,
y, quedando apagado el sol arriba,
cae en el mar la claridad del cielo.
A la luz de la tarde que declina,
cubriéndolos de un tinte funerario,
como un polvo de nieve, la neblina
los montes envolvió como un sudario.
El granizo primero
cual siempre destructor, pasó un rasero
sobre templos, palacios y cabañas,
y la nieve, después, aquel Enero
los valles igualó con las montañas.

IV

Mientras Ana dormía,
la niña, que parece que sentía
no tener de mujer trajes y nombre,
pues, según un doctor que lo sabía,
cuatro años en mujer, son doce en hombre,
juzgó que la muñeca
como ella misma con razón querría

que Dios le diese el pan de cada día
untado con un poco de manteca,
y le da de comer torta de huevos,
manjar que la muñeca no comía;
y haciendo para hablar vocablos nuevos,
por no saber los viejos todavía,
hallándose encantada
la llama encantadora;
y aspira á los honores de criada,
nombrando á la muñeca su señora.
Al cumplir como madre estos deberes
no cabía de gozo en el pellejo.
¡Variará el corazón de las mujeres
cuando caiga de lo alto el sol de viejo!

V

Y como he dicho, al empezar, que hacia
un frío tan intenso que dolía,
pensó la niña candorosamente
que también la muñeca sentiría
el frío que hace dar diente con diente,
y sin temor al hielo
la muñeca arropó con tierno celo
con sus propios abrigos y sus galas,
mientras que á ella la cubre desde el cielo
el Angel de la Guarda con sus alas.

La razón natural es imperiosa,
y, ya desnuda, se cayó de sueño,
como si fuese un pájaro pequeño
que se echase en el fondo de una rosa;
y como al fin sólo quedó cubierta
con los rayos de sol de sus cabellos,
la niña envuelta entre ellos,
se enfrió, se durmió, se quedó muerta.

VI

Ana mira entretanto
al lado del camino, el lugar santo
en que al ir y al volver hacia su casa,
reza siempre que pasa,
después de santiguarse con espanto,
y en honor de la muerta pordiosera
besó, con boca de granada hendida,
á la niña dormida
cuya cara se ríe toda entera.
Y, ¡oh ironías del cielo!,
por más que la movía y la besaba,
en lugar de la niña que buscaba
se encontró con un témpano de hielo.
¡Ana infeliz! Vueltas en sus mejillas
las rosas encarnadas amarillas,
llorando por la niña idolatrada

mira si está en la bóveda estrellada
el equilibrio de los orbes roto,
con faz que no la habrá más espantada
el día en que en la tierra desquiciada
eche al mar el Moncayo un terremoto.

VII

¡No hay remedio! En cumplir con sus deberes
las niñas y las viejas son iguales,
pues siempre es el mayor de los poderes
la fuerza de las leyes naturales.
Cual su madre también, la niña aquella
por dar á otro calor, murió aterida.
¡Altos juicios de Dios! Fiel á su estrella,
al dejarse morir, por dar la vida,
ya el *genio de la especie* hablaba en ella.

243

LOS GRANDES PROBLEMAS

LOS GRANDES PROBLEMAS

POEMA EN TRES CANTOS

Al ilustre polemista el señor D. Salvador López Guijarro.

CANTO PRIMERO

EL IDILIO

I

El cura del Pilar de la Oradada,
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
lleva paz de alquería en alquería;
y siendo indiferente
á la necia ambición de los honores,
se ocupa de los grandes solamente
cuando llama sus reinas á las flores.

Sin fámulo y vestido de sotana,
cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
pardas las medias de algodón que lleva;
y en todo el magisterio de su vida
sólo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
que cría los rosales y el centeno,
y llama sus orgías á las cenas
en que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,
ve á una mujer, y, como pueda, escapa,
dispuesto desde joven, por ser puro,
á hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
las almendras que lleva en los bolsillos,
y les da un golpecito en las mejillas,
más dulce que una almendra, á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
que nació, sin plantarla, en dondequiera;
y si al vérselos dar uno por uno
—¿Qué guardas para ti?—le dice alguno.
Responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el Grande: —¡La esperanza!
Así, con tanto amor y pudor tanto,
el cura del Pilar de la Oradada
es, según viene la ocasión rodada,
ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II

Está el pueblo fundado sobre un llano
más grande que la palma de la mano,
y á falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío
otro ninguno iguala;
de agua muy buena, si tuviese río,
de agua de pozo, á la verdad, muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
que tiene ante la iglesia una plazuela,
iglesia que es más grande que la escuela,
y escuela que es más chica que un granero.

III

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
que no puede beber más que agua pura,
la divina Teodora,
de rodillas postrada ante el anciano,
con un ramo de flores en la mano,
ramo cogido al despuntar la aurora,
mostrando al sonreirse, nacaradas,
en dos filas iguales,

todas sus perlas justas y cabales
en un coral prendidas y engarzadas;
inventando aquel día,
por no haberlos sufrido todavía,
mucho dolor y muchos desengaños,
antes de hacer su comunión primera,
confesándose está, como si fuera
una gran pecadora, á los diez años.

IV

Teodora, que es mujer desde la cuna
cual todas las mujeres,
despierta ya, y durmiendo todavía
á la luz misteriosa de una luna
que hace en su alma de sol de mediodía,
mira una inmensa flotación de seres,
sueños de sombra y sombras de unos sueños
opacos una vez y otras risueños.
Gracia infantil y gracia adolescente,
de niña y de mujer confusos lados,
ya ve en el porvenir desde el presente
el mundo real y el ideal mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
compuestas de verdad y de otra cosa,
mira, desvanecida,
llegar la realidad confusamente,

y á los diez años, como todas, siente
su inmersión en las brumas de la vida.

V

Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas
que hundiesen del anciano en la conciencia,
fué haciéndole la niña unas preguntas,
como ésta, por ejemplo,
capaz de hacer estremecerse al templo:
—Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?
—Yo de todo, hija mía, estoy al cabo—
respondió el sacerdote con premura;
lo cual no era verdad, mas lo creía,
porque el breviario con afán leía
á la luz de un candil colgado á un clavo.

VI

Y del amor ya viendo lontananzas
con sus ojos tan llenos de esperanzas,
en su candor intrépido del todo
sigue ella preguntando de este modo:
—El dejarse besar, ¿es malo ó bueno?
De confusión y de sorpresa lleno,

se turbó el cura, como el hombre que antes
de haber cazado un pájaro, lo vende,
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende,
el cazador corrido,
el comprador burlado,
y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
buscando la respuesta en las estrellas;
mas como nada le dijeron ellas,
el cura del Pilar no dijo nada.

VII

Con misterio después ella se inclina
hacia el cura, que la oye fascinado,
y prosigue: —Me ha dicho mi madrina
que el que bese á mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado
que él me habrá de besar, pese á quien pese,
pues cree que á mí me gusta que me bese:
mas como oigo decir que se propasa,
escapándome de él, toda la casa
ayer y antes de ayer y todo el año
corrí desde la cueva hasta el granero;
siempre quiere él, señor; yo nunca quiero;
miradme bien, veréis que no os engaño.

Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
para enseñarle el alma á aquel levita,
echa al cura una ojeada inoportuna
aquella virgen, pero virgen de antes
que en la primer visita
el ángel le anunciase cosa alguna,
y le dejó corrido y colocado
del rubor en la cúspide suprema,
de un modo tal, que dijo colorado:
—¡Primera confesión; primer problema!

VIII

—Acúsome—la niña proseguía
que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro día,
con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela.
Sólo en la misa me entretiene el canto;
y escucho con más gusto una novela
que el trozo de la vida de algún santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
huir, si puedo, de él; pero os prevengo
que al mirar á mi primo, siempre tengo
la voluntad de parecer divina.
Al ver salir el cura, atropellados,
con risa de bondad mal reprimida,

tan enormes pecados
de aquellos labios de carmín, untados
con la leche primera de la vida,
dice á la niña de indulgencia lleno,
con singular ternura:
—No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mía, más cordura.
Bien; adelante: vamos; adelante.
Y por no hablar más claro, el pobre cura
jugaba con enigmas al volante;
y no queriendo darle con prudencia
la más leve lección de adolescencia,
muy peligrosa en almas inocentes,
sólo después de estas ligeras riñas,
se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
—Son el diablo estos ángeles de niñas.

IX

Y como todo viejo, y más si es cura,
de todo niño es natural abuelo,
con más amor que religioso celo,
le dijo á aquella hermosa criatura:
—Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
y entrarás sin rodeos en la gloria;
reza una salve, toma agua bendita,
y cómete esta almendra en mi memoria.

Y después que la niña se confiesa,
la mano al señor cura
en la actitud de un oficiante besa;
se levanta gentil, con la soltura
de un querubín que hacia los cielos pesa,
y ante el altar, con adorable gracia,
entre un corro de gente pecadora
se arrodilló Teodora
más grave que un alumno en diplomacia.

X

Después supo el Obispo de Orihuela,
por cierta confesión de cierta abuela,
de puro religiosa, condenada,
que, faltando á los cánones sagrados,
castiga con almendras los pecados
el cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO

LA ÉGLOGA

I

Fué creciendo, creciendo,
y pasaron diez años; y Teodora
cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
que veinte años cuenta hoy exactamente,
tiene pupilas de horizontes llenas;
voluptuoso reir en casta frente;
y deja ver su cutis transparente
cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
con flores todo el año en sus cabellos,
arrollándolos bien, forma con ellos
detrás de la cabeza un canastillo.

II

—Decidme, mi querido señor cura—
decía confesándose Teodora –,
¿no es una gran locura

que esté tan decidida
á que me case ahora
la pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
casar con otro á quien tan sólo piensa
en... ya sabéis, mi primo, aquel marino
que tiene el alma, como el mar, inmensa?
Mientras la escucha atento
—es muy común—el cura se decía
entre burlus y veras—
que todas las muchachas costaneras
dediquen de un marino al pensamiento
venticuatro horas largas cada día.

III

—Mi primo... ya sabéis -siguió Teodora—,
que vive hoy una vida de pesares
en Londres, un lugar donde está ahora,
más allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
pues sin poderlo remediar, suspiro
cuando se nubla el horizonte, y miro
por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo, es aquel primo que, algún día,
os confesé que alegre me besaba;
le amé niña, mas yo no lo sabía;

ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre fantástico el deseo
me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
que me habla de él y su venida, creo,
el monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
siempre estoy esperando,
y hasta las aves de la mar, pasando,
parece que me dicen: —¡Le hemos visto!

IV

–Mas sepamos primero
—dijo el cura prudente y reservado—:
de amaros y volver, ¿él os ha dado
su palabra de honor de caballero?
—Me juró que me amaba y volvería
—fué diciendo Teodora—
cuando el sol por la tarde se ponía,
y al despuntar la aurora,
y alguna vez también al mediodía;
y alguna, y más que alguna,
por la noche á los rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado
que en Mayo y en Abril me lo ha jurado,
por todos sus jazmines y azucenas;
por los árboles todos, en estío;

por todos sus cristales, junto al río;
cerca del mar, por todas sus arenas.

V

Mientras Teodora hablando proseguía,
como era, á fuerza de candor, profundo,
el cura por lo bajo repetía:
—¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!
—Mi madre quiere que á la fuerza quiera
á un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
como es el que me espera
para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada más me da tristeza;
él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
tiene favor, honores y riqueza,
talento, juventud y un nombre honroso...
mas ¡si vierais al otro, señor cura,
con gorra de oro y sable á la cintura!...
¡cuanto mira al pasar de luz se baña!...
mientras éste de aquí, que va á ser mío,
tiene una gracia sepulcral y extraña;
dondequiera que entra él, siento yo frío.
—Pues señor, se conoce —piensa el cura—
que en la misma inocencia,
para agotar de un cura la paciencia,
transformado en hermosa criatura
coloca Satanás su residencia.

VI

Y ella siguió: —Vuestro favor imploro;
prestadme ayuda en tan difícil paso:
de uno me río, y por el otro lloro;
éste me hiela, y por aquél me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro,
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?
Mirando á un Cristo viejo
por ver si le inspiraba algún consejo,
el cura se callaba,
y del candor en la embriaguez suprema,
al ver que el Cristo nada le inspiraba,
por lo bajo entre dientes murmuraba:
—¡Segunda confesión; otro problema!
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable
El viejo, que era un niño venerable,
no cayó en que Teodora
buscaba, tan sutil como traidora,
en la doblez de sus astutos planes
el apoyo moral del cristianismo:
maniobras de los grandes capitanes
que ponen de su parte el fanatismo.

VII

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
y para herirse al corazón se apuntan;
y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,
como un choque de espadas, las respuestas:
—Me muero, si me caso, os lo confieso.
—Ilusión nada más de los sentidos.
—Hay voces que en el aire me hablan de eso.
—Eso será que os zumban los oídos.
—Bien, lucharé; pero seré vencida.
—No volverá tal vez. —¿Y si volviera?
—Ese hombre os ha hechizado; ¡estáis perdida!
—Así tendrá que ser como él lo quiera.
—Tras vana agitación tendréis reposo;
yo rezaré por vos, seréis dichosa:
¡Dichoso aquel que os tenga por esposa!
—Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
—¿De qué sirve creer en lo increíble?
—Más sabe el corazón que la cabeza.
—¿Qué podrá suceder? —¡Todo es posible;
yo amo con fe y espero con firmeza!
Al verla discutir tan bien y tanto,
siente un temblor de espanto,
cual si tuviese frío,
al comprender el santo

que aquel tipo cabal de las mujeres
era el más bello y, ¡lo diré, Dios mío!,
el más inobediente de los seres.

VIII

Teodora, ardiente y viva,
filósofa sutil y positiva,
que no pasó, cual yo, velada alguna
en cuestiones ociosas,
buscando la razón de muchas cosas
que no tienen jamás razón ninguna,
añadió, de su plan desesperada,
disparando al huir á sangre y fuego,
y haciendo una brillante retirada
mejor que en Asia Jenofonte el griego:
—Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
y no queriendo á este hombre, os lo prevengo,
como soy tan fantástica, no tengo
la condición de una excelente esposa.
Mas lo mandan mis padres, y adelante;
yo quiero á toda costa ser honrada,
mas no sé si, vivaz y enamorada,
podré ser buena esposa y buena amante...
Hablaba así Teodora, y de repente
callando unos momentos,
con un silencio diestro y elocuente

una pausa llenó de pensamientos.
Reticencia tan vil y calculada
al pobre cura de terror inmuta...
Ante el saber de una mujer astuta
Cicerón y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
la raza no mejora.
Porque no oye solícito sus quejas,
anuncia astuta males sobre males:
yo recuerdo muy bien que eran iguales
las jóvenes de antaño que hoy son viejas.
Y así serán y han sido
las que están por nacer ó ya han nacido,
lo mismo en todo el orbe que en España;
las madres miserables y opulentas,
las hijas titulares y harapientas,
las abuelas del trono y la cabaña.

IX

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!
¿No veis que rara vez—le dice el cura—
la vida nos enseña
que esos sueños de niña muy pequeña
los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,

porque siempre nos ven desconocidos,
dos ojos desde el fondo del espacio!
Ayudando á llevarla á su destino,
cual se lleva una oveja al matadero,
pensó el cura ponerla en el camino
de lo bueno, lo justo y verdadero;
y después que ella vió desvanecida
la poética imagen de su vida,
puestas en cruz las manos y llorosa,
recibió con la frente prosternada,
la bendición del cura, arrodillada;
besó su mano en actitud piadosa,
con la fe de una santa resignada,
y se marchó, si no más consolada,
menos triste tal vez, y siempre hermosa.

CANTO TERCERO

LA TRAGEDIA

I

Porque triste, muy triste, se moría
llena de desengaños,
el cura del Pilar, en cierto día
en su postrera confesión oía
á una joven anciana de treinta años.
—¡Ha venido—decía
la vieja que era joven todavía—
aquel hombre á quien amo con locura!
Y debo confesaros en conciencia,
que tengo, desde entonces, señor cura,
necesidad de sueños de inocencia.
—¿Y es pura todavía vuestra llama?—
pregunta el cura á la doliente esposa.
—La cama de mi madre es esta cama
—le respondió—; pues por mi madre os juro
que soy materialmente virtuosa;
sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.

II

—Pues valor—dijo el cura,
á fuerza de candor siempre profundo—,
que la mayor tribulación del mundo
la guarda Dios para la edad madura!
—¡Valor, valor!—la enferma respondía—;
¡Lucharé hasta morir! mas, ¡cosa extraña!,
resistir á su encanto no podría,
¡yo que siento en mí misma una energía
capaz de levantar una montaña!
—¡Luchemos, hija mía
—el cura repetía
de Dios y de su fe siempre seguro—;
no hay grito de dolor que en lo futuro
no tenga al fin por eco una alegría!
Y luego añade de la Biblia lleno,
satisfecho de Dios y de sí mismo:
—¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
hay luchas en el puente del abismo!

III

En querer consolar las grandes penas
de una mujer tan firme y tan amante,
era aquel pobre confesor un ciego,
sabiendo que corría por sus venas

la sangre de las viñas de Alicante
que crían una savia como el fuego.
El cura no sabía
que el no amar es muy bueno, pero es frío;
y por eso á Teodora le decía,
derramando en sus llagas el rocío
de una piedad sincera:
—Van á cumplir veinte años
que, ajena de pasiones y de engaños,
vuestra sagrada comunión primera
fué por vos de mi mano recibida;
¡sed digna del honor de vuestra historia!
¡reanimad el valor con la memoria
de los años primeros de la vida!
—¡Quince años hace escasos—
Teodora murmuró—que el dulce ruido
que levantaron al marchar sus pasos
quedó como una música en mi oído!
y hace veinte—añadió con torvo ceño
mirando al cielo en ademán de queja—
que es él de mi alma y mis sentidos dueño;
¡veinte años que pasaron como un sueño!
¡tenéis razón, no me creí tan vieja!...
mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida.
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
cuando la causa de su mal confiesa,
como suele temblar la mariposa

que siente el alfiler que la atraviesa;
y el pobre confesor, que no sabía
que si es bueno no amar, es cosa fría,
cual sintiendo en la piel la ardiente huella
de un diablo que abrasándole le toca,
mira á la enferma con pavor, y en ella
halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada
—No soy loca, es que estoy enamorada
—siguió la esposa—, y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo:
si le amo, vivo; si no le amo, muero:
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?
Aguzando el oído,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruido,
el cura sorprendido
dice cayendo en postracion extrema:
¡Tercera confesión; tercer problema!...
Dudando en su fatal desconfianza
qué haría y qué diría,
por no romper el hilo todavía
que enlaza la mujer á la esperanza,
el cura del Pilar, quedando inerte,
sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
pues á sí mismo con dolor se advierte
que es, en los actos del deber, la duda
una pregunta vil que hace la muerte.

IV

Ahogando la emoción de su ternura
en un áspero y recio resoplido,
añadió en el umbral de la locura:
—¡O viva en el del otro, señor cura,
ó muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazón tierno,
sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
ó eso también es un problema eterno?
Oyendo esta herejía,
creyó el cura que en ella traslucía
la cara de Luzbel, oliendo á infierno;
y siendo encantadora
y aunque era un ángel de piedad Teodora,
y el cura lo sabía,
como todo hombre bueno algo indeciso,
oyéndola decir lo que decía,
en su faz la tristeza se veía
con que Eva dejó un día el Paraíso.

V

Y al cura que azorado la veía,
y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,
después le repetía,

aceptando, Teodora, resignada
la paciencia que lleva á la agonía:
—¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!
Y el cura respondía:
—Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
¡ved que estáis en peligro de la muerte!
Y enfermo de terror y sentimiento,
su rostro, que tapó con ambas manos,
se cubrió de ese tinte amarillento
que da tanta tristeza en los ancianos.
—Ya véis que sé morir como es debido—
siguió Teodora con siniestra calma.
Decidida á partir, tan sólo os pido
que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
él su memoria; su piedad el cielo,
vos el perdón, la humanidad su olvido,
la tumba su pudor, la muerte un velo!

VI

Pasan después unos momentos llenos
de calma aterradora.
Y entretanto, ¿qué hacía
en alocada expectación Teodora?
¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.
Con las manos el pecho se oprimía
queriendo hacerse el corazón pedazos.

Se incorpora después, alza los brazos,
estrecha en ilusión alguna cosa
en medio de la fiebre que la abrasa,
y dice con sonrisa voluptuosa
dejándolos caer: —¡Es él que pasa!
Al ver aquel amor inexorable,
á su buen Dios el cura inconsolable
la encomienda en sus santas oraciones;
y al oir, espantado,
salir de la culpable
aquella interminable
tempestad gutural de aspiraciones,
una oración sobre otra le prodiga,
y exclama el sacerdote horrorizado:
—¡El ángel llega tarde, y sólo espiga
lo que ya Satanás dejó segado!
Y así el buen cura exclama,
porque ya con dolor ha comprendido
que es imposible, á semejante llama,
oponerse á un amante que es querido,
y entregarse á un marido que no se ama;
y aunque algo tarde, á conocer empieza
que es más fuerte el amor que los deberes,
pues rinde de los hombres la firmeza
y hasta el débil poder de las mujeres.

VII

Llegando al fin de su terrible suerte
la enferma medio muerta tiempo hacía,
después de un gran silencio en que se oía
muy cercana de allí volar la muerte,
mirando fijamente, sin ver nada,
tiende una mano ardiente y descarnada,
busca con ella al infeliz anciano
que por su dicha ruega,
y el rostro le tocó como una ciega
que tuviese los ojos en la mano:
se ponen azuladas sus mejillas;
sale un hondo ronquido de su pecho;
el cura la bendice de rodillas;
después... ¡después era una tumba el lecho!

VIII

Más muerto que la muerta el pobre cura,
cuando luego miraba
el alma triste y bella
de aquella esposa fiel, culpable y pura
flotar sobre una estrella,
¡Perdonadla, Dios mío!—murmuraba.

¿Cómo Dios negaría su indulgencia
á una mártir que, fiel á otros amores,
á fuerza de sentido y de paciencia
el luto de su hogar cubrió de flores?
Cuando el cura veía
aquella alma flotar sobre una estrella,
y su perdón pedía,
es porque no sabía,
héroe feliz de una tranquila historia,
que cuando muere una mujer como ella,
toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

IX

Y cuando el cura, de su buen consejo
el término funesto contemplaba,
llorando como un niño el pobre viejo
sobrecogido de terror oraba.
—¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—
gritaba el infeliz, desesperado,
quejándose de sí como un malvado
que asesina á la vuelta de un camino.
Mas, fiel á su destino,
conociendo después, más serenado,
que así á volverse loco un hombre empieza,
con honor exclamó:—¡Fuera flaqueza!—
y valerosamente

reanimando uno á uno sus sentidos,
á brillar comenzó su noble frente
con la luz de los seres elegidos.
—¡Hago el bien, y suceda lo que quiera!—
dice tranquilo y con la frente erguida—,
¡entre la muerte y la virtud, que muera,
que es el deber primero de la vida!
Pasó después un siglo de un momento;
murmuró otra oración, y de repente
azotó con los pies el pavimento
y con las manos se azotó la frente:
miró á la muerta con viril firmeza,
y á repetir volvió: —¡Fuera flaqueza!—
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
rendido el cuerpo y destrozada el alma,
después de un negro batallar tan rudo,
á recoger volvió su santa calma
como recoge el gladiador su escudo.

HUMORADAS

HUMORADAS

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído.
Aunque ya soy tan viejo has de saber...

* * *

Una sola mirada, si no es pura,
en mujer á una niña transfigura.

* * *

A esa hética infeliz la está matando
la fiebre que ha cogido
durmiendo horas enteras y soñando
á la sombra del árbol prohibido.

* * *

Al campo voy como á mi hogar primero,
pues al ir desde el valle hasta el otero,

de distancia en distancia,
el olor á tomillo y á romero
me recuerdan las dichas de la infancia.

* * *

Esa mujer tan bella
fué por mí tan querida,
que, alguna vez, para morir por ella
tan sólo me faltó perder la vida.

* * *

Prohíbeles tu amor con tus desdenes.
Sin frutas prohibidas
no hay Edenes.

* * *

Cuando hay algún buen mozo que le agrada,
cómo se suele hacer la deslumbrada.

* * *

Quise un día pintarte en mi embeleso,
Blanca, este fuego que en mis venas arde,
mas callé porque vi que, para eso,
ó yo nací muy pronto ó tú muy tarde.

* * *

Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino,
pues iba para santo
y después que te vi, perdí el camino.

* * *

Al dar este abanico aire al semblante
tal vez pueda temblar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante
ni vivió sin amar un solo día.

* * *

Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna

* * *

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío.
Tú has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

* * *

Feliz si en tu semblante aún ve tu esposo
la materia en estado luminoso.

* * *

Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
que tu alma enamorada,
tan sólo se alimenta
del olor de una rosa disecada.

* * *

Procura hacer para apoyar la frente
un blando cabezal de la conciencia,
para poder dormir tranquilamente
no hay un opio mejor que la inocencia.

* * *

Algún día, á pesar de tus encantos,
te matará otro á ti cual tú me matas,
en materia de ingratos y de ingratas
venimos á salir tantas á tantos.

* * *

No te ablandes oyendo sus acentos
que el diablo, en ocasiones,
acalora los buenos sentimientos
al hacer cometer malas acciones.

* * *

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,
permite á mi amistad que te declare,
que, como el hijo de Sión decía,
de mí me olvide yo si te olvidare.

* * *

El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
una nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.

* * *

Se matan los humanos
en implacable guerra
por la gloria de ser en mar y tierra
devorados por peces y gusanos.

* * *

Tan grande es tu virtud, que estoy seguro
que es verdad lo que dicen muchas gentes,
á fuerza de ser puro
se mueren con tu aliento las serpientes.

* * *

Ahora que á hablar de su virtud comienza,
yo me cubro el semblante,
porque me da vergüenza
de pensar lo que pienso en este instante.

* * *

Al darme la postrera despedida,
me lanzó una mirada,
que en el pecho clavada
la llevé todo el resto de mi vida.

* * *

Al mostrar esta niña encantadora
suele decir su madre embebecida:
«Aquí tenéis la Aurora
de los días más bellos de mi vida.»

* * *

Renovando mis tiernas emociones,
me han probado tus quince primaveras
que son nuestras postreras ilusiones
iguales en frescura á las primeras.

* * *

Háblame más y más... que tus acentos
me saquen de este abismo;
el día en que no salga de mí mismo
se me van á comer los pensamientos.

* * *

Los mortales son siempre los mortales.
Y en el mar ó en la tierra, cerca ó lejos,
los juegos de los niños son iguales
como lo son los sueños de los viejos.

* * *

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia,
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

* * *

No insultes el pudor en mi presencia,
porque sabes reir con inocencia,
porque, si no, mi intrépida mirada
te dejará clavada
en la trémula cruz de tu conciencia.

* * *

Mientras ya me dan pena
el oro y los diamantes,

envidio esos instantes
en que van, agachándose en la arena,
á coger caracoles dos amantes.

* * *

Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto
que ve en tu rostro el que á tu lado pasa
el manantial que Agar vió en el desierto
cuando fué despedido de su casa.

* * *

Fué causa de mis muchos desencantos
una asceta instruída,
que aprendió por las vidas de los santos
las cosas menos santas de la vida.

* * *

Que no pidas, Manuela, te suplico,
á mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos...

FIN

ÍNDICE

Páginas.

Campoamor VII
Prólogo.. XXI
Doloras.... 1
Las Doloras 3
Beneficios de la ausencia 10
Los grandes hombres 13
Lo que hace el tiempo 16
Los dos cetros 23
Músicas que pasan 29
Dramas desconocidos 31
Cosas de la edad 32
Cosas del tiempo 36
Nunca olvida quien bien ama 37
Amor y gloria 38
¡Quién supiera escribir! 39
Ventajas de la inconstancia 42
No hay dicha en la tierra 45
Propósitos vanos 47
Vanidad de la hermosura 51
El concierto de las campanas 53
La opinión 54
Los dos espejos 55
Todo y nada 56

Páginas.

Virtud de la hipocresía....	57
Las dos grandezas......	59
Cantares.........	63
Los pequeños poemas	75
El tren expreso....	77
Dichas sin nombre.......	99
Cómo rezan las solteras.	108
La lira rota.................	116
Por donde viene la muerte.........	130
La historia de muchas cartas....	145
Los amores de una santa	160
Los amores en la luna...	209
El amor de las madres	231
Los grandes problemas	243
Humoradas	273

SE ACABÓ

DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

EL DÍA XXV DE SEPTIEMBRE DEL AÑO MCMXIII

EN LA IMPRENTA HELÉNICA,

PASAJE DE LA ALHAMBRA,

NÚMERO 3,

MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos.--Editores.

CAMPOMANES, 10. MADRID

PÁGINAS SELECTAS DE LITERATURA CASTELLANA

LAS MEJORES POESÍAS DE AMOR

RECOPILADAS Y PROLOGADAS

POR

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Un tomo de XXVIII-276 páginas.

PRECIO

UNA PESETA